

LOS EVANGELISTAS,

BOCETOS BÍBLICOS.

POR

JUAN JOSÉ BERNAL

CON UNA INTRODUCCIÓN

DEL SEÑOR DEÁN DR. JOSÉ ANTONIO AGUILAR.



SAN SALVADOR

Tipografía "La Luz" — Octava Avenida Sur.

1895

2

Palacio Episcopal:
San Salvador, diciembre 11 de 1894.

Habiendo sido examinada la obra titulada "LOS EVANGELISTAS, á sea BOCETOS BÍBLICOS", compuesta de un Prólogo y cuatro partes, escrita por el Presbítero Doctor don Juan José Bernal, y no siendo las ideas contenidas en ella opuestas á la enseñanza de la Iglesia, damos licencia para que se imprima

El Obispo.

Por su mandato,
Agustín Guillana,
Pro-Síno

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Ilustísimo y Reverendísimo Sr. Dr.
Don Manuel Francisco Vélaz,

Obispo de Comayagua.

Ahora que la Herejía pretende hacer adeptos en nuestra querida patria Centro-América, he creído oportuno publicar estos incorrectos "Bocetos" que, si carecen de originalidad y bellezas literarias, talvez puedan contribuir á vulgarizar las sublimes verdades de nuestra santa Religión.


Al dedicarles á U'sú Ilustrísima, espero que, disimulando mi franqueza, sólo verá en ello el invariable cariño del amigo y compañero de los primeros años y una muestra de respeto á su sagrada Dignidad.

Juan José Bernal.

San Salvador, diciembre de 1894.



INTRODUCCIÓN.

L distinguido poeta salvadoreño, señor Presbítero Dr. JUAN JOSÉ BERNAL, que publicó á principios de este mismo año sus bellísimos cantos “RECUERDOS DE TIERRA SANTA”, da á luz ahora otra creación de su estro poético, titulada “LOS EVANGELISTAS”—“BOCETOS BÍBLICOS”.

Si aquel libro despertó tanto entusiasmo entre los literatos, por su poesía sublime; si mereció, por su valor científico, el aplauso general de la prensa, aun el de la más prevenida contra todo lo religioso y en especial contra todo lo que procede del clero; si reflejó tantas enseñanzas y excitó tantos afectos en las almas

cristianas, por el fondo de su doctrina y el encanto de su piedad; este segundo que, á nuestro humilde juicio, es de superior mérito y se remonta á más elevadas alturas, está llamado á producir efectos más brillantes y resultados de mayor trascendencia.

Es verdad que ambos poemas celebran al mismo personaje, Jesucristo; que ambos enaltecen los mismos hechos, sus milagros y sus virtudes; que ambos exponen la misma doctrina, el Evangelio; que ambos, sobre el mismo término, cantan las armonías de la verdad, del bien, del poder y de la belleza increados; pero también es cierto, que existen diferencias tan notables entre uno y otro, que el segundo aparece con toda su novedad, sin quitar al primero nada de su propia originalidad.

LOS "RECUERDOS DE TIERRA SANTA" son el canto del peregrino, que al llegar de un santuario á otro santuario, pone en el suelo su bordón y su morral, se sienta pensativo, evoca los recuerdos históricos guardados por cada lugar, pulsa su lira y canta sus afectos con tierna melodía. "LOS EVANGELISTAS" son el canto del poeta teólogo y filósofo, del bardo creyente y piadoso; son la inspiración del apóstol ó del misionero, que se remonta á los manantiales de la revelación divina, sigue la dirección de sus

corrientes y llega á sus confines, para hacer escuchar sus divinos transportes á una generación incrédula ó indiferente.

En los “RECUERDOS DE TIERRA SANTA”, la entonación del verso es suave, como las brisas de Belén y el murmurio de las ondas del Jordán; melancólica, como el susurro del torrente Cedrón ó el de las palmeras y olivares mecidas por las auras de la noche. En “LOS EVANGELISTAS” el poeta salvadoreño, como el Virgilio de Mantua, pide á su musa *páulo majora canamus*; eleva el tono de su armonía, su estilo es más brillante, sus giros son más atrevidos, y se cierce en más amplios horizontes.

LOS “RECUERDOS DE TIERRA SANTA” cantan al Verbo Encarnado, destacando su figura divina, sus acciones y sus virtudes del fondo de los misterios realizados en cada escenario. “LOS EVANGELISTAS” cantan al mismo Verbo Encarnado en el zenit de su carrera, como la *luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, proyectando su claridad sobre los cuarenta siglos que le precedieron, llenando el presente con los resplandores de su gloria y enviando crepúsculos de nuevas civilizaciones á las generaciones venideras.

El héroe, pues, de este poema es el Dios-Hombre, como lo describe el Apóstol: *Jesu-*

cristo ayer; Jesucristo hoy; Jesucristo en todos los siglos. Sobre cuyas palabras, dice San Jerónimo; “Toda la economía del mundo visible é invisible, lo mismo antes que después de la creación, se refiere al advenimiento de Jesucristo á la tierra. La Cruz de Jesucristo es el centro á que todo va á parar, es el compendio de la historia del universo”

Para tratar dignamente tan elevado asunto, el poeta salvadoreño no ha pedido su inspiración á las bellezas de la naturaleza ó á las luces de la ciencia, á las intuiciones del genio ó á los transportes del entusiasmo; la ha buscado en lo sobrenatural, en la Sagrada Escritura, que es la palabra misma de Dios y el reflejo de la luz increada. “La Sagrada Escritura, dice San Agustín, supera tanto á los libros de los teólogos, filósofos y poetas, sean hebreos, griegos ó romanos, cuanto la sabiduría divina supera á la sabiduría humana; pues ella es la misma palabra, la misma voz divina con que Dios enseña al hombre su infinita naturaleza y sus inefables perfecciones”.

Pero de un modo especial ha penetrado en el fondo del sagrado Evangelio que, según la expresión de Orígenes, es el más noble y principal de todos los Libros Santos. Porque en el Evangelio, dice el P. Ventura, es donde Jesu-

cristo se encuentra representado tal como es en realidad. “Este libro misterioso es como el reflejo divino de la augusta persona del Salvador; es el espejo terso, que reproduce con mayor pureza su imagen adorable; es el cuadro sublime en que los rasgos magestuosos del Hombre-Dios están dibujados con los colores más vivos y más expresivos, y donde está retratado con la mayor fidelidad y con la mayor perfección.

“El Evangelio, al presentar el doble carácter de la sencillez y del sublime, es la expresión exacta de Jesucristo, que reúne en sí la divinidad con la humanidad. Así como Jesucristo es el Verbo de Dios, oculto en la humilde flaqueza de la carne; el Evangelio es la sabiduría de Dios, oculta en la sencillez de la letra. Así como la unión de las dos naturalezas, divina y humana, en la persona del Verbo, no pudo ejecutarse sino por la *virtud del Altísimo*, por operación del Espíritu Santo, que descendió y rodeó con su sombra el seno virginal de María; del mismo modo, la unión que ofrece el Evangelio de la sabiduría más sublime con una sencillez que casi toca los límites del estilo humilde, sólo pudo ser obra del Espíritu de Dios, que inspiró á los Evangelistas.”

Estas son las fuentes divinas á donde el Pa-

dre Bernal ha ido á beber su inspiración, para cantar al Dios-Hombre. El sagrado Evangelio es la fragua en que caldea su alma de poeta, para irradiar sus afectos en los presentes cantos; es el punto de observación donde se coloca, para medir y describir la órbita inmensa que recorre el astro divino, luminar del mundo de las almas.

Pero antes de considerar la grandiosa actitud del Salvador del Mundo, en la que el vate sagrado le toma como héroe de su poema, detengámonos un instante á admirar el magnífico pedestal preparado para colocarle.

El autor lo llama *Proemio*, y versa sobre *La Revelación y el Évangelio*, esto es, sobre las tres grandes manifestaciones que Dios hizo de sí mismo á la humanidad: la ley natural, la ley mosaica y la ley de gracia.

“La divina Providencia, dice un autor, no manifestó de un sólo golpe al género humano el admirable designio de la Encarnación del Verbo: al contrario, quizo ir descubriéndoselo poco á poco é ir preparando por grados su cumplimiento, á fin de que conociese, por larga y dolorosa experiencia, la necesidad absoluta que tenía de un Redentor. La sabiduría y la bondad divinas le

decían lo bastante, según los tiempos y las circunstancias, para consolarle en su desgracia y mantener su esperanza; pero no se lo decían todo de pronto, para dejarle el mérito de la fe, y para no deslumbrar sus ojos débiles con una luz demasiado resplandeciente. De este modo Dios hizo brillar el sol de la Revelación, como el que alumbraba el mundo físico, esto es, insensible y gradualmente; de manera que las tenues claridades del alba, preparan los ojos para los rayos más vivos de la aurora, y éstos á su vez los disponen para soportar la reluciente claridad del mediodía. Esto mismo sucedió con el *Sol de la justicia*, que vino á lumbrar el mundo de los espíritus."

El señor Bernal demuestra en su bellissimo *Proemio* esa economía providencial, describiendo el alba, la aurora y el mediodía del astro divino que va á cantar.

Con hermosas pinceladas retrata, en el período de la ley natural, á los padres del género humano culpables en el Paraíso, escuchando estáticos la primera promesa que Dios les hizo del Hijo de la Mujer, que quebrantaría la cabeza de la serpiente infernal y les devolvería su perdida felicidad. Y esta promesa fundamental, asentándose de día en día por promesas posteriores cada vez más concretas, por figuras

y por tipos que van delineando el boceto del Mesías, pasa de generación á generación como la herencia más preciosa, y sostiene los pasos vacilantes de la humanidad en su camino de dos mil quinientos años.

En ese desfile lento y majestuoso de las generaciones, el poeta presenta á la vista de sus lectores las figuras sobresalientes de los grandes Patriarcas, que simbolizan al Mesías en sus personas ó en sus acciones ó en sus virtudes, y que trazan con ellas los rasgos de su fisonomía. Así se destacan Abel, sacrificado alevosamente por la envidia de su hermano; Noé, salvador de su descendencia, que repoblará la tierra anegada por el diluvio; la Torre de Babel, á cuyo pie se dispersan las gentes y se multiplican los idiomas, para formar las diferentes nacionalidades, que el Ëvangelio reunirá después en un solo aprisco y bajó un solo pastor; Abraham, recibiendo nuevas y más detalladas promesas, mientras peregrina en sus movibles tabernáculos por la tierra prometida al pueblo que nacerá de su esterilidad; Isaac, obediente á su padre, como Cristo, hasta la muerte; Jacob, cuyos trabajos y cuya historia representan la vida del Redentor; José, en cuya alma castísima se asienta la sabiduría, que le hace salvador de Egipto, y de sus hermanos; Moisés, que ope-

rando prodigios inauditos, rompe las cadenas de la esclavitud á su pueblo, aterra á sus tiranos y lo conduce á la tierra que destila leche y miel.

De esta manera todos los personajes y los acontecimientos de la revelación primitiva fueron ordenados por Dios para formar el primer bosquejo del futuro Redentor, como líneas esparcidas por acá y allá, pero que se juntan admirablemente y perfilan su divina figura.

Pasando á la revelación mosaica, y después de describir la imponente promulgación del Decálogo, sobre las candentes alturas del Sinaí, el autor sigue paso á paso el progreso gradual del pueblo judío, único depositario del conocimiento y del culto del verdadero Dios, ya errante en el desierto, ya conquistando su rica heredad, ya constituido bajo el gobierno de sus jueces y de sus reyes.

Todo en ese pueblo se refiere á Jesucristo. Su templo y su sacerdocio, sus sacrificios y sus ceremonias, sus victorias y sus esclavitudes, sus reyes y sus pontífices, sus instituciones y sus costumbres: todo se dirige á ir esclareciendo y perfeccionando el bosquejo del Deseado de las naciones.

Sin embargo, esparcidos por distintos puntos y cubiertos de sombras más ó menos opacas,

esos rayos de luz sólo despiden una tenue claridad; esos rasgos no son suficientes, porque forman solamente el bosquejo, pero no el retrato, y lo que la humanidad necesita es el retrato fiel de su esperado Mesías.

Para dárselo, Dios suscita á los Profetas. Haciendo reflejar sobre ellos un destello de su inteligencia infinita, les descubre los secretos del porvenir y les da sublimes intuiciones de su Verbo. Se los pone delante de los ojos, y les manda pintarle con tal presición, que nada sea más fácil como distinguirle y reconocerle entre todos los hijos de Adán.

“En efecto, dice el célebre orientalista Mr. Drach, examinando con atención el texto sagrado, se ve claramente que las profecías forman, por decirlo así, con la circunferencia de los cuatro mil años que preceden al Mesías, un gran círculo cuyos radios van todos á parar á un centro común, que no es ni puede ser otro que nuestro Señor Jesucristo, Redentor del género humano culpable desde el pecado de Adán. Tal es el objeto y el único fin de todas las profecías, que concurren á indicárnosle de modo que no nos sea posible desconocerle. La reunión de todas ellas forma su más perfecto retrato. Los profetas más antiguos hacen el primer bosquejo, y á medida que se van sucediendo,

perfeccionan las líneas trasadas por sus antecesores. Cuanto más se acercan al grande acontecimiento, mayor viveza dan á los colores; y cuando el cuadro está acabado, desaparecen los artistas, el último de los cuales, Juan Bautista, al retirarse, designa el personaje con su dedo, diciendo: — *Hé aquí c. Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.*”

En esta parte, una de la más bellas del Proemio, el Señor Bernal es poeta verdaderamente sublime.

Después de armonizar el coro divino de los doce vates ó *Profetas menores*, hace escuchar las admirables estrofas de los cuatro videntes, que merecen el nombre de *Profetas mayores*. Les precede el profeta real, David, que á los acordes de su arpa de oro, canta los afectos, las virtudes, los dolores, y los triunfos de su ilustre descendiente. Deja oír después la dulcísima voz de Izaías, que parece el historiador más bien que profeta del Mesías; la del sabio y venerable Daniel, que para consolar á su pueblo cautivo en Babilonia, canta sus celestiales visiones del futuro Libertador, y al mismo tiempo aterrará al soberbio Nabueodonosor explicándole sus sueños misteriosos, y al voluptuoso Baltazar en medio de sus orgías, descifrando la escritura terrible que le anuncia la pérdida de su reino y

de su vida. Se sienta después á las orillas del caudaloso Chobar, para extasiarse con los cantos del sublime Ezequiel, á cuya vista se abren los cielos y contempla al Verbo humanado, cuya palabra es confiada á los cuatro animales representantes de los cuatro Évangelistas, que la escribirán y enseñarán al mundo. Finalmente, repite las lúgubres lamentaciones del tristísimo Jeremías, despreciado y perseguido por sus hermanos como Jesucristo, el cual llora sobre las ruinas de Jerusalén.

Llega la tercera y última revelación, la plenitud de los tiempos, la ley de gracia, que esclarece todas las figuras y realiza todos los tipos de la ley natural, que aclara todos los símbolos y anima todas las imágenes de la ley mosaica.

Dios se manifiesta ahora al hombre, no como antes por los patriarcas ó por los profetas, sino por su mismo Hijo divino, por el Verbo del Padre, hecho hombre para salvar al hombre y cuya palabra no faltará jamás.

El Padre Bernal, con estro digno de David, canta la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios, su niñez candorosa y sus misterios de gozo, su vida privada y su vida pública, su enseñanza y sus milagros, su carácter y sus virtudes, el establecimiento de su apostolado y la forma espiritual de su culto, su pasión y su

muerte, su resurrección y su regreso al cielo. Pero si canta aquí la vida entera del divino Salvador, no es como parte del poema; sino como los arpeggios ó cadencias con que suele preludearse un himno, ó como la presentación del héroe á quien se va á celebrar bajo determinados aspectos.

El Proemio pues de "LOS ÉVANGELISTAS" es el magnífico pedestal, dispuesto para la estatua gigantesca del Salvador del mundo. Pedestal asentado sobre cuarenta siglos de espectación y de figuras; que consta de tres grandes cuerpos, formados por las revelaciones, natural, mosaica y evangélica; que está adornado con los altos relieves de los acontecimientos más grandes de la humanidad; que ostenta las estatuas magestuosas de los patriarcas y de los profetas, de los jueces y de los Reyes, de los Apóstoles y de los Pontífices con sus perfiles más nobles; y todo esto, abrigado con los esplendores de la divina figura del Salvador, colocada en su más alta cima.

El Proemio de "LOS ÉVANGELISTAS" demuestra con los encantos de la poesía la gran frase del Apóstol de las gentes: *toda la ley antigua estaba embarazada, llevaba en su seno á Cristo: estaba en cinta de Cristo*: pues demuestra que el Antiguo Testamento es la sublime gesta-

ción del Prometido Mesías, puesto que sus hechos históricos son el lazo que une entre sí las promesas, las figuras y las profecías de su persona.

También realiza el gran deseo de San Agustín, el cual quiere que en todo el Antiguo Testamento no se vea más que á Jesucristo, Cordero inmolado desde el principio del mundo; Heredero de todos los siglos pasados y Padre del siglo futuro; Piedra angular que une el antiguo y el nuevo pueblo, para hacer de ambos uno solo; Centro de todas las cosas en el orden intelectual, moral y político; Cristo ayer, Cristo hoy, Cristo en la eternidad. Ya que de Él hablan y á Él se refieren todas las Escrituras, Él es el regenerador del mundo; el centro del universo; el alfa y el ómega, el principio, el medio y el fin de la creación.

“ ¡Admirable filosofía de la Religión católica, que resume en tres solas palabras la historia universal de cuarenta siglos; todo para Cristo, Cristo para el hombre, el hombre para Dios! ¡Admirable filosofía, sí, cuya grandeza pasma al sabio, y cuya sencillez la pone al nivel de la más humilde inteligencia! ”



El señor Bernal ha llamado su poema: "LOS EVANGELISTAS." "BOCETOS BÍBLICOS."

Examinemos la razón ó la propiedad de estos títulos.

La palabra Evangelistas significa los cuatro escritores sagrados, que, inspirados por el Espíritu Santo, redactaron separadamente y en distintos tiempos y lugares el mismo Evangelio, ó sea la *bucna nueva* de Jesucristo.

Hablando con propiedad, el primero y principal autor de este libro admirable no es otro que el mismo Cristo, como lo enseña el Concilio Tridentino: "*Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, promulgó primero y con su propia boca el Evangelio.*" Además, según el P. Cornerlio A Lápide, este libro divino, ocupándose todo y sólo de Cristo, cuyas palabras y acciones reproduce como las del único personaje que en él figura; apareciendo en él como sumo legislador, apóstol, evangelista, doctor, divino vate y profeta, es de tal manera obra directamente suya, que leer ú oír el Evangelio es lo mismo que leer ú oír la palabra viva, la propia voz de Jesucristo.

Sin embargo, así como Dios se valió del ministerio de los ángeles cuando quiso dar á su pueblo escogido la ley escrita en dos tablas, del mismo modo para dar á su Iglesia el Evange-

lio escrito, eligió el ministerio de los cuatro Evangelistas que, bajo la asistencia é inspiración del Espíritu Santo, lo ordenasen y redactasen.

Dichos Evangelistas, según el orden en que escribieron sus libros, son los siguientes:

SAN MATEO, llamado también Leví, judío de origen, ejercía el cargo de publicano ó colector de los tributos, cuando el divino Maestro le llamó al apostolado y á que diese testimonio de Él con su Evangelio. Fue el primero que lo escribió, seis años después de la Ascensión del Señor, en lengua hebrea y los Apóstoles lo aprobaron en Jerusalem. Predicó la fe en Etiopía, donde murió mártir de la virginidad.

SAN MARCOS fue discípulo de San Pedro, á quien acompañó á Roma el año 44 después de Jesucristo. Allí, por un movimiento interior del Espíritu Santo, escribió su Evangelio en lengua griega y el Príncipe de los Apóstoles, encontrándolo conforme en todo con lo que él mismo predicaba y con lo que había visto con sus propios ojos, le dio su aprobación dogmática y mandó su uso en las iglesias como escritura canónica. Después envió á su querido discípulo á predicar en Egipto, donde fundó la célebre iglesia de Alejandría.

SAN LUCAS, autor también del sagrado libro “*Los hechos de los Apóstoles*” y médico de profesión, fue discípulo del Apóstol San Pablo, y compañero de sus viajes y fatigas, ayudándole con el mayor celo en la predicación y en el establecimiento de muchas iglesias. Varón lleno del espíritu apostólico. Dios lo escogió para que fuese uno de los Evangelistas de su divino Hijo. Escribió su Evangelio en griego, después del año 51 de Jesucristo; es el más histórico y el que refiere mayor número de hechos. Predicó la fe en la Dalmacia, en las Galias, en Italia y en Macedonia, y murió mártir en Acaja, á los 84 años de su edad.

SAN JUAN, hijo del Zebedeo y hermano de Santiago el mayor, era pescador; oficio que ejercía con su padre y con su hermano en el mar de Tiberiades, cuando Jesucristo le llamó al apostolado. Fue el discípulo más amado del divino Maestro. Después de la Ascensión del Señor, predicó la fe en el Asia Menor, por cuya causa el emperador Domiciano le desterró á la isla de Patmos, donde escribió el *Apocalipsis*. Es el último que publicó su Evangelio, en lengua griega, siendo de 94 años de edad. Vivió hasta el imperio de Trajano y murió en Efeso siendo ya de más de cien años.

Como se ve claramente por lo expuesto, el

primero y el cuarto de los Evangelistas fueron apóstoles de Cristo y testigos presenciales de los hechos que refieren; el segundo y el tercero fueron discípulos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo respectivamente, escribieron lo que éstos predicaron y sus libros fueron aprobados por sus maestros.

No son, por tanto, cuatro Evangelios diferentes, sino uno solo é idéntico, pues todos refieren las mismas acciones y palabras del Redentor. Pero son cuatro Evangelistas distintos, porque cada cual trata la materia de distinto modo, con especiales caracteres y considera á Cristo bajo aspectos diferentes.

Del mismo modo que en la Iglesia Celestial, dice un sabio expositor, hay ante el trono de Dios cuatro querubines, representantes de la sabiduría y de la omnipotencia divinas; en la Iglesia terrestre debía haber cuatro Evangelistas, como príncipes y querubines de Cristo, para enseñar y difundir su doctrina por todo el tiempo y el espacio.

Según la visión del profeta Ezequiel, aquellos cuatro querubines parecían cuatro animales de formas y de faces diferentes, esto es: de hombre, de becerro, de leon y de águila. Por lo cual San Juan, que también los vió en sus éxtasis en Patmos, los llama *cuatro santos animales*. “El

primer animal, dice, semejante al hombre, el segundo semejante al león, el tercero semejante al becerro, el cuarto semejante á el águila. Y después añade: Esos animales estaban llenos de ojos y no tenían descanso, diciendo de día y de noche: Santo, Santo, Santo el Señor Dios Omnipotente, que es y que ha de venir."

Dichos cuatro querubines ó santos animales, según el sentir general de los intérpretes de la Sagrada Escritura, simbolizan á los cuatro Evangelistas, á cada cual en su aspecto propio. "Que estos cuatro Evangelistas, dice San Jerónimo, fueron predichos mucho tiempo antes de que aparecieran en el mundo, lo prueba el libro de Ezequiel, cuya primera visión se explica así: *Y en medio del ciclo estaba como la semejanza de cuatro animales; su aspecto era como la faz del hombre, como la faz del león, como la faz del becerro, como la faz del águila.* La primera faz representa á San Mateo, que como de hombre comienza á escribir, *Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.* La segunda corresponde á San Marcos, en cuyo exordio se oye como el rugido del león en el desierto: *vos que clama en el desierto: preparad el camino al Señor y enderezad sus senderos.* La tercera faz simboliza á San Lucas, que tomó su principio del sacerdote Zacarías, que in-

do ante él su frente en el polvo, confesó su divinidad; le ofreció mirra, como á hombre; incienso, como á pontífice y oro, como á rey de los reyes.

Estos son los *Bocetos bíblicos* á que se refiere el autor, al dar á su poema el segundo título. Porque del fondo de cada uno de los Evangelios hace destacarse, con la plasticidad más perfecta, el busto de Jesucristo, Hombre y Dios, Rey y Pontífice.

Pero nos permitimos hacer sobre este segundo título la siguiente observación, que es de estricta justicia:

Si se atendiera á la significación propia de la palabra *boceto*, cualquiera pensaría que estos cantos son como el borrón preparatorio, que suelen hacer los pintores antes de formar un cuadro, para ensayar el efecto que produce y corregir las faltas: ó como decían los artistas romanos, *picturam adumbrare, . . . prima tantum lineamenta efformare, . . . pictura informis, nondum perfecta*

No es así: la simple lectura de este poema convencerá á cualquiera de que el autor, solo por modestia personal, llama boceto á lo que en realidad es un perfecto cuadro, es un retrato acabado. En ellos aparecen con sus luces y sus sombras, con sus perfiles y sus fondos, la naturaleza del

hombre, la majestad del rey, la sagrada severidad del pontífice, la inefable grandeza de Dios.

El protagonista ó el héroe del poema del señor Bernal es Jesucristo, en el cuádruple aspecto bajo el cual lo consideran los Evangelistas; en el cuádruple carácter simbolizado por las faces de los animales misteriosos de las visiones de Ezequiel y del Apocalipsis: esto es, hombre verdadero, Rey soberano, Pontífice eterno, Dios infinito.

Hombre verdadero, su vida humana es el tipo, la fuente y el modelo de todas las virtudes que perfeccionan las acciones individuales y que santifican el hogar de la familia.

Rey soberano, su dominio abarca la extensión del espacio, pues sus fronteras *son los términos de la tierra* — comprende la duración del tiempo, pues es el *rey de los siglos y de la eternidad*; se eleva sobre todas las demás autoridades, pues es el *Rey de los reyes y el Señor de los señores, por quien imperan los príncipes y los poderosos dictan la justicia*.

Pontífice eterno según el orden de Melchisedech, su sacerdocio es más excelente que el de Aarón, sus dogmas explican todas las verdades.

sus sacramentos son eficaces, su ley es divina, su culto es espiritual, su gracia es omnipotente.

Dios infinito, su naturaleza es divina: es el Verbo interior del Padre, engendrado entre los esplendores de la eternidad, por quien fueron hechas todas las cosas, en quien vive todo y para cuya gloria existe el universo.

El poeta salvadoreño, para cantar héroe tan divino, no busca sus armonías ni su inspiración en lo humano ó natural: sino que, remontándose á sobre natural y divino, bebe en las fuentes purísimas de la revelación y se inspira en las armonías celestiales de los Evangelistas, tomando de cada cual el estro y la melodía correspondientes á sus ideales.

Así, del Evangelista San Mateo, que canta la humanidad de Jesucristo, forma los cuatro romances que la describen completa:—“*El hombre y la Encarnación*”,—“*La vida íntima de Jesús*”,—“*La vida pública del Salvador*”,—“*La Pasión y muerte del Redentor*”.

El Evangelio de San Marcos, donde el león del desierto representa la fuerza y el imperio del Rey de los siglos, le da el tono de los otros cuatro:—“*El Reino de Dios*”,—“*El anuncio de ese reino por el Bautista, ó la voz del que llama en el desierto*”,—“*El establecimiento de su*

monarquía divina”, — “*El reino de Cristo en las almas*”.

De San Lucas, en cuyo Evangelio domina el Cordero inmolado desde el principio para salvar la humanidad, concierta las cuatro canciones:—“*El espíritu de San Lucas*”,—“*El sacrificio eterno*”,—“*El sacerdocio de Jesucristo*” —“*El sacerdocio católico*”.

El Evangelio de San Juan, que, al recimar su cabeza y al adormecerse sobre el pecho del amado Maestro, caldeó su inteligencia en esa fragua divina y su corazón virgen tomó el aliento para emprender su vuelo hasta el Verbo, le proporciona las melodías para sus romances:—“*Profecía de San Juan*”, — “*Unión del Verbo á la humanidad*”, — “*Incorporación de la humanidad al Verbo*”,— “*El Apocalipsis*”.

Cada uno de estos romances, considerado en sí mismo y aisladamente, es un canto perfecto de su respectivo asunto: pero reunidos los cuatro y considerados en su conjunto, forman un concierto armonioso, un cuadro perfecto de la fisonomía ó carácter especial del personaje, colocado en el centro del inmenso círculo de su acción.

Así los cuatro romances sobre el Evangelio de San Mateo, destacan la figura completa de Jesucristo—hombre, principio, vida y modelo de las

virtudes morales, como el centro del *orden individual y doméstico*.

De los cuatro sobre el de San Marcos, la majestuosa talla de Jesucristo—Rey de los siglos, ordenando todos los principios, todas las legislaciones, todas las libertades, todos los poderes, es el centro del *orden social y político*.

En los cuatro romances formados del Evangelio de San Lucas, Jesucristo—Pontífice eterno abarca todos los dogmas, los preceptos, la gracia, el culto, es el centro del *orden espiritual ó religioso*.

Finalmente en los cuatro entonados sobre la clave del Evangelista San Juan, Jesucristo, verdadero Dios, incorporándose en la humanidad á la que anima como á su cuerpo místico, y la humanidad á su vez adhiriéndose á Él como al espíritu que la vivifica, es el centro del *orden universal*.

Pero aún hay más, mucho más.

Esos diez y seis romances, esos cuatro *Bocetos bíblicos*, se identifican y se fusionan en inmensa síntesis, para modelar la estatua colosal del Salvador del mundo, Hombre y Rey, Pontífice y Dios al mismo tiempo, parado en el centro de todos los órdenes que, como círculos concéntricos, giran á su derredor. ¡Cuadro sublime, en que aparece el héroe divino de pie, sobre su pe-

destal de los cuarenta siglos que le precedieron, reuniendo en su persona todos los caracteres y todos los ornamentos, todas las virtudes y todos los podêres, todas las santidades y todas las luces, para difundirlas en la humanidad y en el universo entero, que convergen á Él como á su centro y á su principio!

Es el *Sol radiante de la justicia*, que se levanta, como el gigante, para recorrer su órbita inmensa; comienza desde el extremo del Oriente, sube al zenit y toca el término del Occidente, llenando los ámbitos del espacio con la luz de su verdad, con el calor de su bondad, con la vida de su gracia, con el movimiento de sus virtudes.

Es el mar infinito, que con su continuo flujo y reflujo, envía las corrientes de sus beneficios del centro á las orillas, y atrae de las orillas al centro el amor, las bendiciones y el culto de la humanidad.

Para hablar sin figuras, es el Verbo encarnado, que sale del seno del Padre con todas las riquezas de la Divinidad, recorre el camino de los siglos difundíéndolas al hombre, y vuelve con la humanidad redimida y purificada, para engolfarla en el seno infinito de la Divinidad.

De este modo "*Los Evangelistas*" del Padre Bernal, por la unidad y concierto de sus roman-

ces, son un verdadero poema del Redentor del mundo; y por la hermosura estética de sus *boctos bíblicos*, que nosotros llamamos verdaderos *cuadros bíblicos*, forman la galería de la más grandiosa de las epopeyas, la Redención del hombre.

En cuanto á la forma y al mérito artístico de "*Los Evangelistas*", siendo nosotros legos en el arte divino de la poesía, nada podemos decir digno del autor y del poema.

Por fortuna nuestra, ni uno ni otro necesitan de recomendaciones ó de aplausos anticipados; porque el nombre de Bernal es ya célebre y figura con honor en el álbum de los poetas latino-americanos; y sus composiciones se han abierto, por sí solas, ancho camino á la gloria y á la popularidad.

El Proemio que, como hemos visto, recorre todas las épocas de la Revelación, consta de diez y seis silvas heroicas, género de poesía el más adecuado para los cuadros, las escenas, las narraciones y los episodios heroicos.

El autor llama *Romances* á los cuatro cantos concertados sobre cada Evangelista, para formar de ellos el *Bocto bíblico* del Salvador, correspondiente al aspecto especial que le da cada

Evangelio. El metro de los referentes á San Mateo y á San Juan es el de cuartetas, y el de los relativos á San Marcos y á San Lucas el es de silvas heroicas.

Son demasiado conocidas por nuestros literatos las cualidades peculiares de la poesía del señor Bernal. La facilidad y la fluidez de su verso, jamás dejan sentir esa tiranía de la métrica ó de la rima, que sacrifica el pensamiento á su expresión; la delicadeza de sus afectos, la armonía de su cadencia, la viveza de sus cuadros, la plasticidad en la descripción de los personajes, la literal exactitud de las traducciones del texto sagrado; todas ellas resaltan en esta obra de un modo especial. Tratando asunto tan elevado y complejo, para el cual son necesarios profundos y variados conocimientos de Teología dogmática y mística, de Exégetica y de Historia, de Filosofía y de Ciencias Sagradas, el presente libro tiene toques magníficos, conceptos admirables, vuelos altísimos, figuras sublimes,

Tema eminentemente bíblico, el laud del Padre Bernal va tomando melodías variables según las épocas y los personajes: pastoriles, con los patriarcas; heroicas, con los profetas; olímpicas, con los héroes; divinas, con los Evangelistas.

El poeta salvadoreño es, ante todo y sobre todo, poeta sagrado, tanto por los argumentos de su predilección, que son siempre sagrados y bíblicos, cuanto por la entonación de su verso, por sus armonías graves, por sus cadencias pausadas, que elevan el corazón desde lo material á las alturas de la piedad. Sacerdote por su vocación, y consagrado exclusivamente á la gloria de Dios y á la santificación de las almas, considera su lira como un vaso sagrado, como un objeto dedicado al culto de Dios y al servicio de su Iglesia. Por eso su laud, mudo para todo lo profano y mundanal, es como la lámpara que sólo arde ante el santuario, para iluminar el tabernáculo; es como el incensario que, si exhala ondas olorosas, es sólo para perfumar el altar; como el órgano que difunde sus armonías, pero sólo por las bóvedas y por las naves del templo.

Como el Apóstol San Pablo, se ha desprendido de las molestias de lo material y de lo sensible, para vivir en Cristo y asociarse á su crucifixión; le ha edificado en su corazón una morada permanente, *ego in corpore meo porto Christum*; le considera como en el alma de su alma: *vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus*.

De aquí es que los cantos sagrados del Pa-

dre Bernal, como los del Profeta David, son reflejos de la fe en su pensamiento, áscuas de amor divino que caldean el corazón, doctrina y predicación del Evangelio, que fácilmente transportan la mente y el afecto de sus lectores á las zonas más altas de la contemplación de la piedad.

Para concluir esta introducción, talvez ya demasiado extensa, manifestaremos ligeramente algunas cualidades exteriores del libro del señor Bernal, que acrecientan su mérito intrínseco, y las circunstancias del tiempo y del lugar en que aparece, que lo hacen más digno del aprecio de los salvadoreños.

Aún resuena por el orbe católico la voz augusta del Soberano Pontífice León XIII, quien, á fines del año pasado y por medio de su sublime Encíclica: *Providentissimus Deus*, de 18 de noviembre de 1893, propuso á los fieles el estudio asiduo y la meditación de la Sagrada Escritura, como el medio más poderoso de reavivar la fe y la moral católicas, amortiguadas al presente por una atmósfera de naturalismo y de sensualidad. Porque siendo ella la palabra misma de Dios, que al principio del mundo hizo surgir del caos las armonías y el orden del univer-

so, puede ahora con la misma facilidad hacer surgir la verdad y la virtud del desconcierto de errores y de pasiones, producido por el ateísmo social del siglo XIX.

El sabio Pontífice en aquel admirable documento, determina los múltiples sentidos de la palabra divina escrita en la Biblia y el método para distinguirlos; explica las reglas para interpretarla y aplicarla; señala las fuentes de la tradición que la complementa, y la autoridad de la Iglesia que la guarda y la enseña; descubre sus tesoros de ciencia y de santidad, y sus resultados felicísimos en las almas nutridas con su estudio y su observancia.

Pues bien, "*Los Evangelistas*" del señor Bernal, poema eminentemente bíblico, que se desprende de los libros de ambos Testamentos, y que está vaciado sobre el molde de la referida encíclica, por la fidelidad con que cumple sus prescripciones y sus métodos, viene á corresponder á aquel llamamiento pontificio.

No dudamos, por tanto, que él contribuirá eficazmente á que nuestros conciudadanos, atraídos por las bellezas poéticas y por las armonías encantadoras que les ofrece, tomadas de aquella fuente, entren en los ideales del Vicario de Cristo, y se aficionen al estudio de las Sagradas Escrituras. De esta manera "*Los Evangelis-*

tas" son como el eco de la voz del Vicario de Cristo que repercute en esta diócesis, como el fruto hermoso de aquella simiente que germina en el suelo de nuestra patria.

Además el libro del Padre Bernal es muy científico. A pesar de su forma poética y de sus reducidas dimensiones, desarrolla completamente la ciencia más sublime, la ciencia de Dios en sus relaciones con el hombre. Expone los fundamentos de nuestra santa Religión con tanta teología y filosofía, prueba con tal dialéctica su divinidad y su unidad, que no vacilamos en afirmar que es un tratado científico de Religión.

Su publicación es muy oportuna, en un siglo en que los hombres sólo comprenden lo que hiere sus sentidos; porque él hace palpables, por decirlo así, las grandes verdades y los grandes deberes del cristianismo; coloca á Dios en todas las partes del mundo físico y moral, de donde la ciencia naturalista del pasado siglo se empeñó en lanzarle, y el indiferentismo del nuestro le mantiene alejado. Estos cantos demuestran, que el universo no es para el hombre un templo vacío; que, al contrario, Dios está en él animándolo, conservándolo y vivificándolo todo.

Finalmente es de especial oportunidad entre nosotros. Suprimidas la enseñanza de la

religión y las prácticas de piedad en las escuelas oficiales de esta República, nuestra juventud crece sin esas áncoras firmes, salvadoras del corazón en las borrascas de la vida. Ignorando por una parte las verdades que debe creer, los bienes que debe esperar, los deberes religiosos que debe cumplir, y sintiendo por otra parte en el fondo de su alma la necesidad irresistible de la fe, de la esperanza y de la caridad: nuestra juventud sin ocuparse jamás de los grandes problemas, de donde viene, por donde va, á donde se dirige, é impulsada continuamente por el movimiento vertiginoso de su carrera, llega á la edad crítica en que las pasiones despiertan de su letargo, la conmueven con sus terribles sacudimientos y arrojan lejos del buen sendero el corazón de la incáuta adolescencia.

Más aún, el radicalismo y la masonería entre nosotros llevan tan lejos su odio al catolicismo, que se empeñan, y por desgracia lo están consiguiendo, en suprimir también de los programas oficiales hasta el estudio en la Historia Sagrada, sólo por sus relaciones con la Religión. ¡El estudio de la Historia Sagrada, fundamento de todas las otras historias, pues trata del origen del mundo, del desarrollo de la humanidad; que contiene las bellas narraciones bíblicas, que forman las tradiciones del hogar; que refiere

los ejemplos y enseña la práctica de todas las virtudes !

El poema del señor Bernal, demostrando científicamente y cantando con la más arrobadora melodía al necesidad de la Religión, y la importancia de la Biblia en la vida práctica del individuo y de la sociedad, opone un dique al desborde de aquel torrente de corrupción, que amenaza arrollar el porvenir de la juventud de nuestra patria.

Recomendamos pues esta preciosa obra, en primer lugar, al Clero salvadoreño, llamado á enseñar la Religión ahora más que nunca con mayor celo. Ella le presenta la Religión completa, en su historia, en su culto, en su letra y en su espíritu; en una palabra, se la ofrece tal cual como creemos debe ser enseñada para hacerla aceptar, amar y practicar.

También la recomendamos á las familias cristianas y á los maestros y maestras que anteponen la educación á la ilustración, la virtud á la ciencia, los bienes eternos á los temporales. En esta obra encontrarán enseñanzas, adecuadas para formar ciudadanos útiles á su patria y católicos capaces de motivar su fe.

En especial la recomendamos á la juventud estudiosa, tan entusiasta por lo grande y por lo bello. Hija infortunada de un siglo de esce-

ticismo, corre ávida en pos de la verdad; y encuentra sólo en las aulas sofismas artificiosos, abstracciones frías, sistemas incompletos, utopías ridículas, que no sácian su sed ardiente de luz y de virtud.

Nos tomamos la libertad de recomendarla, en último lugar, pero con el mayor encarecimiento, á nuestros literatos, á nuestros políticos, á nuestros hombres públicos, que no teniendo otra idea de nuestra santa Religión que la que les suministran las polémicas del periodismo, las legislaciones ateas de los pueblos, ó las preocupaciones de la política, la juzgan con tanta injusticia ó la miran con tanto desprecio. Estas prevenciones contra la Religión los hacen vogar, sin rumbo ni brújula, por el mar proceloso de la vida social; convierten su corazón en el teatro perenne de inexplicables luchas, y con frecuencia los hacen víctimas de lamentables yerros y de inconsolables dolores. Este poema les dará á conocer las bellezas divinas de la Religión, les descubrirá como una estrella polar para el derrotero de su vida, y destilará tal vez gotas de bálsamo saludable sobre las llagas abiertas en su corazón por el escepticismo ó por la indiferencia religiosa.

Nuestra última palabra es una felicitación al autor y un aplauso á la Diócesis del Salvador.

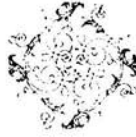
Felicitemos al autor, no por sus brillantes triunfos literarios, ni por la gloria de su nombre, ni por los aplausos que va á recoger en el mundo de los sábios. Todo esto vale muy poco, vale nada, para el sacerdote católico que, muerto al mundo, vive sólo por la eternidad; que tiene su vista fija en el cielo y se considera como el humilde ministro de la gloria de su Señor; toda esa apariencia mundanal es para él como el humo que desvanece el viento, como la flor del heno que se marchita al primer soplo de la brisa. Le felicitamos, porque sus cantos son un himno de gloria para Jesucristo, una corona de diamantes para la Iglesia; son la enseñanza del apóstol y la predicación sublime del sacerdote, para ilustrar y santificar á las almas.

Nuestro aplauso es para la Diócesis del Salvador, cuyo clero, tan calumniado de ignorancia y de oscurantismo, puede presentar á sus adversarios un poeta tan sublime, un teólogo tan profundo, un literato tan ameritado, como el señor Presbítero Dr. Dn. *Juan José Bernal*.

San Salvador, diciembre de 1894.

José Bateman Aguilera,

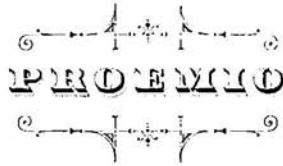
Presbítero.



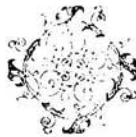
LOS EVANGELISTAS



BOCETOS BÍBLICOS



LA REVELACIÓN Y EL EVANGELIO





PROEMIO

LA REVELACIÓN Y EL EVANGELIO.

I

Los pájaros del cielo tienen trinos
Que forman un concierto melodioso,
Cuando sale, entre tintes purpurinos,
El Sol esplendoroso:
Las fieras en los bosques seculares
Infunden el pavor con su rugido,
Como alegra en los rústicos hogares
De la oveja el balido;
Y el hombre, ese monarca destronado,

Conserva de su voz el dulce hechizo,
La palabra que, un tiempo afortunado,
Extático escuchó en el Paraíso,
Y si errante camina
Por la tierra cubierta de maleza,
Si un breve instante su mirada inclina,
Agobiado de pena y de tristeza,
De pronto la levanta,
Olvidando su suerte de proscrito,
Y aun cuando el suelo toca con su planta
Su espíritu se eleva á lo infinito,
Porque Dios ha querido que á sus preces
El cielo de los cielos se entreabra,
Dejándole escuchar algunas veces,
Entre nubes y sombras, su palabra.

Dios muchas veces y de varios modos
Con nuestros padres se ha comunicado,
Dice el que se hizo todo para todos,
Por amor á Jesús crucificado,
Y últimamente, en los presentes días,
Por su Hijo nos ha hablado,
Por el que hizo los siglos, cuya historia
De su virtud esparce la fragancia,
Que, colmando el Empíreo de alegrías,
Es resplandor eterno de la gloria,
La figura inmortal de su sustancia,
Que lo sostiene todo, y que ha salvado

A todas las criaturas,
Y con grande poder está sentado,
A la diestra del Padre, en las Alturas:
El mismo á quien se dio más excelencia
Que á todos los espíritus celestes,
Que, en silencio adorando su presencia,
Ven eclipsadas sus lucientes vestes,
Pues, sacando la tierra de la nada,
Las obras de sus manos son los cielos,
Que ante la luz de su Existencia increada
Se mudarán, como gastados velos.

II

Jesús, como Pontífice supremo
De nuestra santa creencia,
Apóstol abnegado hasta el extremo
De ofrecer por nosotros la existencia,
Su vocación sublime
Cumple, enseñando celestial doctrina,
Que un nuevo movimiento al mundo imprime,
Y sus pasos dirige y encamina,
Por la escabrosa senda,
Que del suelo á la patria le conduce,
Rasgando del error la oscura venda
Que le engaña y seduce;
Y, abriendo un horizonte ilimitado

A la razón humana,
Nos libra de la muerte del pecado,
Brindándonos la gracia soberana:
Hijo único de Dios, de gracia lleno,
Aunque el ángel se asombre,
Al verle descender desde la gloria
Que disfrutara en el paterno seno
Y bajar á la tierra, hácese hombre,
Para inmolarse, víctima expiatoria,
En la cumbre sangrienta del Calvario
Por redimir al hombre temerario.

III

Siendo hombre verdadero,
Al cual se ha unido la divina Esencia,
El Cristo, que es el Verbo de la vida,
Entre todos los seres el primero,
Enseña á los mortales una ciencia
Que no ha sido en sus libros aprendida,
Pues tiene la intuición de las verdades
Que escapan á la humana inteligencia,
Y, viendo lo invisible,
Hace brotar celestes claridades,
Del hombre en la conciencia,
El eco de su voz dulce, apacible,
Que resuena, hasta el día,

Del orbe en la extensión, á toda hora,
Con la misma eficacia y energía,
Del tiempo y del espacio triunfadora:
El Cristo, cuya fuerza peregrina
El seno de la nada hizo fecundo,
Es la luz que ilumina
A todo hombre que existe en este mundo,
Y su santa enseñanza,
Que al espíritu infunde nuevo aliento,
Realiza del pasado la esperanza,
Dando á la Ley antigua cumplimiento.

IV

Adán feliz, de dicha estremecido,
En el primer momento,
Al despertar con la creación entera,
En las florestas del Edén perdido,
Oyó de Dios el misterioso acento,
La palabra primera,
Que, endulzando su oído
E inundando de luz su pensamiento,
La facultad le diera
De confiar sus secretos á las brisas,
Que el cáliz entrecabrían de las flores,
Lo mismo que á la tierna compañera,
Que, al prodigarle púdicas sonrisas

Entonaba con él dulces loores,
Y que, después de su fatal caída,
Ha aliviado su suerte lastimera,
Hablándole con voz enternecida,
Compartiendo con él tantos dolores;
Y esa palabra santa,
Que la cúpula ornó del firmamento,
Con mosaicos de soles y de estrellas,
Como á Caín y á su progenie espanta,
De los hijos de Seth forma el contento,
Cuando, admirando del Creador la huella,
Recuerdan la promesa primitiva
Que en sus cantos repiten,
La misma que, con muestras de fe viva,
Los padres á los hijos le transmiten.

Y cuando toda carne su camino
Había corrompido aquí en la tierra,
Pesadumbre causando al Sér eterno,
La palabra creadora
De Noé prepara el especial destino,
No con la voz que aterra,
Sí con acento bondadoso y tierno,
Que construir manda el Arca salvadora,
Que del Diluvio libra á su familia,
Y, renovando el pacto de la Alianza,
Con la stirpe de Adán se reconcilia,
Dándole un signo eterno de confianza;

Y hace más todavía,
Pues si esa raza, de su honor en mengua,
Levanta de Babel la torre ingente,
Al castigar de nuevo su osadía,
Confundiendo su lengua,
Compasivo consiente
Que, al separarse, guarde la memoria
De la anterior promesa,
Que contra el mal le ofrece la victoria
Si del amor la religión profesa.

Y cuando, por do quier, la idolatría
Erige sus altares
A la deidad maléfica y sombría,
Dios manda á Abraham que parta de sus lares
Y abandone también su parentela,
Para que lleve errante sus aduares
De Canaán en la tierra portentosa,
Donde incesante por su dicha vela,
Preparando su suerte venturosa,
Hasta que, al fin, en premio á su obediencia,
Contra toda esperanza demostrada,
Cuando iba á hacer de Isaac el sacrificio,
Le promete que hará su descendencia
Numerosa en la tierra y dilatada;
Y para ser al hombre más propicio
Le ofrece como herencia
La comarca en que habita.

La cual le muestra, en todas direcciones,
Y que en su raza fiel será bendita
La inmensa multitud de las naciones.

V

Los hijos de Abraham reconocidos
Al Dios de sus mayores,
Que el origen velara
De su nación en extranjero suelo,
A Moisés obedecen decididos,
Cuando, á Egipto llenando de terrores,
De horrible servidumbre los librara,
Por voluntad del cielo;
Y el Caudillo inspirado
Los conduce al Desierto,
Donde los guía con amor, benigno;
Y de un monte elevado,
De nubes y relámpagos cubierto,
Desciende del profeta con el signo
Que al pueblo ingrato arredra,
Cuando la luz percibe,
Que resplandece en su serena frente,
Y en las tablas de piedra
Fiel los preceptos de la Ley escribe,
A la voz del Señor siempre obediente,
Como también, en frases inmortales,

De la creación refiere los portentos,
Que desconoce la razón mezquina ;
Y al escribir del mundo los anales,
Sin dar oído á fabulosos cuentos,
Guarda la antigua tradición genuina,
Como dieta, más tarde,
Su Código inmortal al pueblo hebreo,
Que, de bélico ardor haciendo alarde,
Arroja de su tierra al cananeo.

Moisés, que en el Horeb vió, sorprendido,
Al Dios de sus mayores, cara á cara,
Sin morir al instante,
De ese pueblo escogido
El porvenir magnífico prepara,
Sacándole triunfante
Del cautiverio duro y vergonzoso,
Para llevarlo del Desierto ardiente
Por la abrasada arena,
A divisar el suelo prodigioso
Que en heredad le dió el Omnipotente,
Sin poder disfrutar su clima hermoso,
De su falta de fe, sin duda, en pena :
Sabio legislador, sublime vate,
Taumaturgo admirable,
Cronista fiel del tiempo primitivo,
Jamás la frente ante el poder abate,
Trabajando incansable

Por promover la gloria del Dios vivo,
Que á Israel vagabundo
Conducirá á la Tierra prometida,
Para que oculto en sus montañas sea,
Modelo de constancia sin segundo,
El que guarde en su Templo, si escondida,
Pura y radiante de su Dios la idea.

VI

Cuando triunfante la nación judía
Conquista el delicioso territorio
Que mana leche y miel, por donde quiera,
En el Señor su Dios sólo confía,
Deseando hacer de su comercio emporio
La ciudad en que el Templo construyera,
Prodigio de hermosura,
Para guardar el Arca, con fe pía,
Y conservar, con gratitud sincera,
Las Tablas de la Ley con la *Escritura* ;
Mas cuando de Él se olvida,
Adorando tal vez dioses ajenos,
Siguiendo sus pasiones indiscreta,
Reprueba su conducta pervertida,
No á través de las nubes, ni entre truenos,
Sino por la palabra del profeta,
Que retirado del social bullicio,

Austero y solitario,
La integridad de las costumbres cела,
Sin transigir cobarde con el vicio,
Y, al procurar la gloria del Santuario,
Es del Señor constante centinela.

La palabra profética rasgando
Las nieblas del error y la mentira,
Como el rayo la nube,
Ilustra al pueblo, con acento blando,
Amor al bien inspira,
Y si hasta el trono del monarca sube,
Su soberbia confunde,
Aterra á los magnates corrompidos,
De espíritu rehacio,
Y sus ecos difunde,
Que vibran repetidos,
En los pliegues del tiempo y del espacio ;
Y á pesar que sus crímenes reprende,
Con aliento esforzado,
Y predice desgracias y exterminio,
Si bien su orgullo ofende,
El sacerdote, el rey y el magistrado
Escriben en su *Libro* el vaticinio,
Añadiendo, después, que no han creído
Del profeta el insólito arrebató,
Que perecer le han hecho y le han tenido
En su vida, tal vez, por insensato :

Mas que el día ha llegado
En que se cumple la fatal sentencia,
En que, al fin, han expiado
Su ingratitud, haciendo penitencia.

VII

Ninguna otra nación, como la hebrea,
Profetas ha tenido,
Que, siendo del Eterno embajadores,
Hayan, sin desmayar en su tarea,
Del porvenir los velos descorrido,
Mostrando de la fe los esplendores,
Porque el cielo ha querido
Que, en los azares de la suerte varia,
Luchando contra el vicio y los errores,
Fuera de la verdad depositaria ;
Y ella ha cumplido su misión grandiosa,
Ya en el recinto de la patria amada,
Ya en la tierra gentil del cautiverio,
Donde escuchara, siempre temerosa,
La voz de sus profetas inspirada
Que ejercía sobre ella santo imperio.

Los Profetas, simpáticas figuras
Que en las sombras distantes
Del pasado aparecen, simpre puras,

De la idea mesiánica gigantes,
Al pueblo anuncian, con lenguaje oscuro,
Incomprensible á la razón menguada,
Las visiones que han visto,
Leyendo en lo futuro,
Y diseñan la imagen acabada,
La ideal figura del venturo Cristo ;
Y todos, como Elías, el *Tesbita*,
Y su digno discípulo Eliseo,
Entreviendo la gloria que infinita
Será del justo el eternal recreo,
Presienten, en su espíritu extasiado,
Que del cielo aproximase el reinado.

Hay, empero, entre todos los Videntes
De ese pueblo admirable,
Algunos que en sus raptos han llegado
A una altura mayor, do reverentes
El arcano insondable
De la divina Eñencia han contemplado,
Y el brillo de la espléndida aurcola
Del Cordero, que, lleno de inocencia,
Para curar del hombre la indigencia,
Desde el principio por amor se inmola,
Y que narran sus místicas visiones
En cantos, que han llenado de armonía
Del orbe los extensos hemisferios,
Y de su arpa las dulces vibraciones

Son eco de la suave melodía
Que escucharan de angélicos salterios.

VIII

Si David en los salmos ha cantado
El poder del Señor y la grandeza
De sus misericordias inefables,
Y lleno de entusiasmo ha celebrado
De la vida del Cristo la pureza,
Su gracia y sus virtudes adorables,
Isaías, como él, arrebatado,
Traspassando del cielo los confines,
Saliendo de sí mismo,
Escuchó enajenado
La voz de los alados Serafines,
Que, en unísono canto,
Llenaban de los cielos el abismo,
Proclamando al Señor tres veces santo ;
Y oyó su voz de queja,
Al cielo y á la tierra dirigida,
Porque Israel se olvida
De su bondad, y sin honor le deja.

Después que Serafín de albo ropaje
Y fúlgidas miradas,
Con fuego del altar su labio quema,

Con sublime lenguaje,
En faz de las naciones espantadas,
Fulmina de su Dios el anatema,
Que cúmplese, después que victoriosas
Llevaron á su pueblo prisionero,
Tratándole cual mísera colonia,
Pues degradadas todas y ruinosas
Se ofrecen á los ojos del viajero,
Como el Egipto y Tiro y Babilonia;
Y del hijo de Amós el estro poético
Se engrandece y aumenta,
A medida que alcanza más su vista,
Y, en éxtasis profético,
Del Cristo Salvador la vida cuenta,
Más que profeta siendo Évangalista.

IX

A la margen sentados de los ríos
De Babilonia alegre y populosa,
Deploraban su suerte ignominiosa
Los cautivos judíos,
Teniendo, en su existencia pesarosa,
Por el dolor la lengua enmudecida,
Y el arpa suspendida
De los sauces sombríos;
Mas á pesar que todo les faltaba,

Tenían el consuelo
De que uno de los suyos figuraba,
En el palacio real, como modelo
De ciencia, de virtud y de cordura,
Que al punto interpretaba
Los vagos sueños del Monarca asirio,
Que lleno de ilusiones
Ambicionó ser dios, en su locura,
Y al negarle el profeta adoraciones,
Le condenó á sufrir duro martirio.
En la profunda Cueva de los Leones:
Es Daniel que, salvado
De una muerte segura,
Sale del pozo, con la faz serena,
Que, sin temer del rey el desagrado,
La infausta suerte del imperio augura,
De Baltasar en la postrera cena,
Y que, confiado en el Señor, aguarda
La libertad de su nación querida,
Que con tristeza ve que se retarda
De su esperado Cristo la venida.

X

Lleno también de inspiración sagrada
Ezequiel profetiza,
En la trasmigración, á sus hermanos,

Y de Jerusalém, nunca olvidada,
El destino futuro patentiza,
Y el despotismo cruel de sus tiranos,
Que, cual leones hambrientos,
A devorar los hombres aprendieron.
Y, de sangre sedientos,
Las esposas en viudas convirtieron,
Siendo tal de sus almas la mudanza
Y de la Ley tan grandes los desprecios,
Que la ira y la venganza
Del justo cielo provocaron necios.

Del *Chobar* caudaloso en las orillas,
Ezequiel arrobado
Ve, en los cielos abiertos,
De Dios las sorprendentes maravillas,
Que inspiraran á su ánimo exaltado
Del gran Libertador presagios ciertos,
Y cuando del Señor la diestra mano
A posarse sobre él ligera vino,
Sintiendo un viento de Aquilón, lejano,
Que formaba de fuego un torbellino,
En un foco de luz resplandeciente,
La extraña semejanza
Ve de cuatro animales,
Que, al mover con sus alas el ambiente,
Marchaban sin tardanza,
Cruzando los espacios siderales;

Y escudriñando el místico sentido
De aquellas semejanzas entrevistas,
Que eran le fue advertido
Figuras de los cuatro Evangelistas.

XI

La misma inspiración la mente inflama
Del profeta que, en lúgubres cantares,
La soledad lamenta
De la Santa Ciudad, que tanto ama,
Jerusalém que, llena de pesares,
Yace sumida en oprobiosa afrenta.
Y si bien, despreciado y perseguido
Por enemigos viles,
El poeta de las lágrimas predice
El castigo cruel que han merecido
Las naciones gentiles,
Que á su patria infelice
Han llenado de luto y de tristura,
Su diadema arrastrando por el lodo,
Al exhalar de su alma la amargura
Siéntese él mismo de dolor beodo;
Y cumple sin temores
La misión que el Excelso le encomienda,
De reprender á príncipes y reyes,
Porque llenos de vicios corruptores,

Sin procurar la enmienda,
De la sana moral violan las leyes,
Lo que hace que la vida penitente
Del austero profeta Jeremías,
En la Escritura antigua, represente
La imagen de la vida del Mesías.

XII

Además de esos vates, que han tenido
El nombre de mayores,
Hay otros que sus huellas han seguido,
Los profetas menores,
Que llenos, como aquéllos,
De inspiración sublime han columbrado,
De la luz de la gloria á los destellos,
La figura del Cristo tan deseado,
Y, siendo sus heraldos elocuentes,
Su venida anunciaron, con certeza,
Al pueblo que, tal vez con ligereza,
Unas veces les tuvo por dementes,
Y otras, viendo admirado
De su vida los hechos sorprendentes,
Creyó en sus intuiciones,
Que el tiempo ha confirmado,
Disipando sus necias prevenciones,
Hasta que, al fin, la serie numerosa

De esos bardos, que empieza en el Salmista,
Termina con la muerte desastrosa
Del más grande de todos, el Bautista.

XIII

Llega, después de tantas predicciones,
La plenitud del tiempo, en que el *Ungido*
Del Señor aparece en Palestina,
Ganándose los nobles corazones
De un grupo reducido
De oscuros artesanos, que destina
Para ser, en los tiempos venideros,
De la fe confesores,
Del Evangelio santo pregoneros
Y de lá Iglesia universal doctores.
Entonces, en la humilde Galilea,
A la orilla del mar de Tiberiades,
En los montes cercanos,
Lo mismo que en Samaria y en Judea,
Los que viven en campos y en ciudades
Los pasos de Jesús siguen ufanos,
Cediendo, sin sentirlo, á la magía
De la expresión austera
De su dulce, ideal fisonomía,
Sombreada por sedosa cabellera,
Y al atractivo de su voz ardiente

Que en sus oídos vibra,
Del corazón hiriendo suavemente
La más sensible y delicada fibra.

Jesús, que tiene la conciencia plena
De la obra redentora
Que con poder insólito realiza,
A las turbas anuncia nueva buena,
Consuelo ofrece al que afligido llora,
De preferencia al pobre evangeliza,
Combatiendo el concepto equivocado
Que tenía el soberbio fariseo
Del Mesías venturo,
Y la idea que habíase formado
El carnal saduceo,
Que esperaba seguro
Ver su reino en la tierra realizado;
Y con suave elocuencia,
Que persuade y convence,
De aquél confunde la arbitraria creencia,
De éste el impuro sensualismo vence,
Y de los que oyen su palabra atentos
El espíritu eleva,
Infundiéndoles puros sentimientos,
Al solo anuncio de la Buena-Nueva.

Para que el reino celestial que funda,
En la tierra, el Profeta nazareno

Tenga en el tiempo vida duradera,
Con su Espíritu inunda
De las conciencias el oscuro seno,
Vivificando la creación entera,
Y las almas transforma
De los que ansiosos su doctrina escuchan,
Sedientos de justicia,
Sirviéndoles de norma
Cuando esforzados, sin descanso, luchan
Por vencer del demonio la malicia,
Y alcanzar, con su vida meritoria,
Las coronas y palmas
Con que se premia, al cabo, la victoria,
En el reinado eterno de las almas.

XIV

Pero si el reino espiritual que anuncia
El Salvador, en términos extraños,
Entusiasma á las almas escogidas,
Que, haciendo la renuncia
Del mundo, de su pompa y sus engaños,
Van en pos de sus huellas bendecidas,
Despierta los rencores
De la clase social representante
Del poder, de la ciencia y la riqueza,
Que, en su avidez de honores,

Cree que el Mesías va á venir triunfante,
O adula á los Romanos con bajeza:
Los judíos carnales
No pueden explicarse las lecciones
Que tienen por virtud el sufrimiento,
Que al condenar los goces terrenales
Contrarían las necias ambiciones,
Que halagan su patriótico ardimiento;
Y su sagaz insidia
El más grande de todos los delitos,
Entre las sombras del secreto, fragua,
Y su negra perfidia
Del Redentor la muerte pide á gritos,
La iniquidad bebiendo como el agua.

Jesús, que es el Cordero
Que al comenzar los siglos se ha inmolado
De su infinita caridad en aras,
En el trance postrero
De su vida, da al hombre degradado
De su constante amor señales claras,
Pues en la Cruz clavado,
Cuando su angustia sin medida crece,
En la cumbre del Gólgota sangriento,
Al Eterno irritado,
Con voz doliente ofrece
De su persona el sacrificio cruento,
Y eleva su plegaria,

Pidiendo, con anhelo,
El perdón de sus mismos enemigos,
Que, con saña nefaria,
Escarnecen su amargo desconsuelo,
Sin temer de su crimen los castigos,
Y con su sangre sella
Su doctrina de origen soberano,
Que va dejando luminosa huella
En la conciencia del linaje humano.

XV

La humanidad con ansia ha recogido
Las máximas sublimes que los labios
Del Enviado del cielo han proferido,
Con unción inefable,
Porque nunca la ciencia de sus sabios,
De suyo tan variable,
Verdades semejantes le ha ofrecido :
Semejante lenguaje
Ninguno había usado,
Si no el divino Maestro,
Cuando, al rendir á Dios el homenaje
De su amor acendrado,
La plegaria enseñó del *Padre Nuestro*.
Él la fórmula ha dado,

En frases de admirable laconismo,
De las grandes virtudes
Que al mundo han transformado,
Haciendo del dolor un heroísmo,
Que de santos produce multitudes;
Y todas las acciones
De su vida, á los hombres consagrada,
Serán por siempre de virtud ejemplo,
Que á pesar del ardor de las pasiones
Cambiará su existencia desgraciada,
De su fiel corazón haciendo un templo.

XVI

La Historia de la vida misteriosa
De la pasión y muerte
Del Hombre—Dios, que al mundo ha redimido
Con su sangre preciosa,
De luz torrentes en las almas vierte
De los hombres que el estro han recibido,
Para escribir, con inspiradas plumas,
En páginas radiantes de poesía,
El génesis feliz del Cristianismo,
Que, disipando las oscuras brumas
Con que al mundo cubría
La falsa religión del gentilismo,

— 28 —

La figura esclarece de esos hombres,
Cronistas fieles del Profeta hebreo,
Y eterniza la gloria de los nombres
De Juan, de Lucas, Marcos y Mateo.

FIN DEL PROEMIO.



LOS EVANGELISTAS.



PARTE PRIMERA



SAN MATEO.

SIMBOLIZADO POR EL HOMBRE





PRIMERA PARTE

ROMANCE PRIMERO

EL HOMBRE Y LA ENCARNACIÓN

En el principio el Sér Omnipotente,
Con sólo pronunciar una palabra,
Creó el cielo, que es el trono de su gloria,
Tachonado del polvo de su planta,

Y la tierra en el éter suspendida,
Envuelta en blondas de flotantes gasas,
Coronada de flores odoríferas,
Como una virgen pudorosa y casta :

A semejanza suya formó al hombre

Dándole un rayo de su luz preclara,
Para que fuera de los seres creados
El respetado, universal monarca ;

Y de la gracia con el dón magnífico
Acreció las bellezas de su alma,
Para que, haciendo altar del universo,
Homenaje de amor le tributara.

Pero él, ingrato á tantos beneficios,
Del deber desoyendo la voz blanda,
Se dejó seducir por las caricias
De la mujer, su compañera incauta.

Y, rompiendo los vínculos sagrados
Que al Hacedor Supremo le ligaran,
Del Edén terrenal viose proscrito,
Llevando una existencia desgraciada,

Que va á ser en la tierra maldecida
La triste herencia de su pobre raza,
A la que sólo queda, en su destierro,
De un Redentor divino la esperanza.

No tiene el hombre origen tan abyecto
Como el que enseña la razón insana,
Al decir, que ha nacido, como el hongo,
En un rincón de tierra abandonada :

Que acaso, en un principio, sólo ha sido,
En el fondo del agua, informe carpa,
O que, siendo del mono descendiente,
Es la especie del simio mejorada.

Per más que el hombre envilecerse quiera
Con las bestias buscando semejanzas,
De su origen indica la nobleza
El fulgor que despide su mirada :

Si por el cuerpo toca á la materia,
Que los sentidos con su encanto halaga,
Por el alma remóntase hasta el cielo,
En donde el ángel sinfonías canta.

Aunque el hombre, faltando á la obediencia
A que Dios, por su bien, le sujetara,
Las iras provocó de su justicia,
No por eso del todo se degrada :

Y no deja de ser la obra maestra
Del Artífice augusto, que aún le ama,
Que al condenar su falta le perdona
Y á su prole infelice no rechaza,

Pues del amor el grito lastimero
La austera voz de la justicia apaga,
Y el amor, superándose á sí mismo,
La ingratitud del pecador repara.

Mas á fin de que el hombre se convierta
Y á la eterna Justicia satisfaga,
Es preciso que, obrando libremente
Se sacrifique del amor en aras.

Cuando el Señor, en su obra complacido,
De la creación en la primer semana,
Formó el cuerpo del hombre de la tierra.
Infundiéndole vida, solo estaba:

Pero para librarle de la culpa,
Que la vida del alma le arrebatara,
Y hacerla renacer á otra existencia,
En la luz de la fe transfigurada,

Exige que, venciendo á sí mismo,
Coopere con la gracia soberana,
Que alumbrando su oscura inteligencia
A la remisa voluntad inflama:

Es forzoso que el hombre, que en la frente
Del dolor lleva la terrible marca,
Lo acepte voluntario, hasta en la muerte,
Como expiación de su soberbia infanda,

Porque, si bien aquélla es estipendio
Del vil pecado, que al Creador ultraja,
El amor es más fuerte que la muerte,
Pues rompe su aguijón al aceptarla.

Y lo que ha sido aterrador suplicio
Para el que viola la virtud sagrada,
Es fuente inagotable de consuelo
Para el que al bien su corazón consagra.

No es la muerte un castigo solamente:
Que impuso el cielo á la criatura ingrata,
Cuando transida de angustiosa pena
Salió del Paraíso desterrada :

Es, á la vez, el término fijado
A las tristezas de su vida aciaga,
Que la hora apetecida del regreso
A la celeste patria le señala.

Y el sepulcro sombrío y misterioso
Que al corazón más esforzado espanta,
Dando al proscrito hospitalario asilo
Destinos más grandiosos le prepara.

Mas nunca el hombre por sí mismo puede
Dar á la muerte la virtud tan rara
De transformar su sér, que ni un recuerdo
De su grandeza primitiva guarda.

Y aun capaz suponiéndole, un instante,
De conocer su ingratitude nefanda,
Y de hacer el heroico sacrificio
De su existencia entera para expiarla.

¿Bastaría la ofrenda de esa sangre
Por la víctima misma derramada,
Para borrar la mancha del pecado
Y calmar del Eterno las venganzas?

Dios, cuya esencia pura es infinita,
Fuera de Sí no necesita nada,
Porque encuentra en Sí mismo eternamente
El goce de perpetuas venturanzas.

Y por ende Él podía, suponiendo
La inmolación del hombre realizada,
Devolverle la gracia que perdiera
Al conocer del mal la ciencia vana.

Pero si el Sér Supremo no ha podido
Tener necesidad que le obligara
A exigir de la mísera criatura,
Por el pecado, una expiación más alta,

Exigirle ha podido todavía,
Para calmar su cólera irritada,
De un amor más perfecto el holocausto,
Una hostia pura, inmaculada y santa.

Y en vez de detenerse ante la ruina
De la estirpe de Adán desheredada,
Le plugo consentir que descendiera
El Cordero de Dios á rescatarla.

Y como, al crear al mundo, de su vida
Comunicara al hombre tenue ráfaga,
Al redimirlo, quiso de la muerte
Sentir Él mismo la implacable saña.

Y para hacer posible ese prodigio,
Que por sí sola á comprender no alcanza
Del mortal la razón oscurecida,
Ni del querub la inteligencia clara,

El Verbo increado baja desde el cielo,
A impulso sólo del amor, y encarna
Por obra del Espíritu divino,
En el seno purísimo y sin mancha

De la virgen María, que, del Angel
Al oír la magnífica embajada,
No juzgándose digna de tal honra,
Llámasc: humilde del Señor la esclava.

Y el Cristo prometido á nuestros padres,
Profetizado en la Escritura sacra,
Habita con nosotros, revestido
Con el ropaje de la carne humana,

Para obrar de ese modo otro prodigio,
Que deja á la razón estupefacta,
El de hacer solidaria á la criatura
En la expiación, lo mismo que en la falta.

Nacido en un rincón de la Judea,
De un oscuro pesebre entre las pajas,
El Dios-Niño recibe las caricias
De su Madre, por siempre imaculada,

Que, en dulce arrobamiento, contemplando
En su semblante la belleza increada,
Presiente las tristezas infinitas
Que van á hacer su vida tan amarga.

Y lejos de la tierra bendecida
De sus antepasados, los Patriarcas,
Jesús los días de su infancia tierna
Ve correr, ignorado, en tierra extraña.

Y al volver á la patria, del destierro,
Gustosamente en el taller trabaja
Del humilde artesano á quien, sumiso,
Como á su padre natural acata.

Hijo único de Dios, que el cielo habita,
Hijo del hombre con placer se llama,
Cuando, enseñando el bien á sus hermanos,
Funda en la tierra el reino de las almas.

Y obedeciendo siempre, en lo más mínimo,
La voluntad del Padre que le manda,
Al condenar del mundo la falsía
De la virtud la dignidad exalta.

Sin temer el enojo de los grandes
Ni de los doctos la soberbia hinchada,
Lejos de las ciudades populosas,
A la orilla del mar, en las montañas,

A la casa de Israel con gozo anuncia
El reinado de Dios, que ha tiempo aguarda,
Ofrecido tan sólo á los humildes,
A los que el mundo sin piedad maltrata.

Y al predicar su celestial doctrina,
Que á los necios Escribas desagrada,
Practica sin alarde las virtudes,
Cuya excelencia por doquier proclama.

Despreciado de aquéllos, perseguido
De la clase social más elevada,
Sufre en silencio su desdén altivo,
Que maquina contra El sus asechanzas:

Y compasivo, oyendo los gemidos
Que en torno suyo el infortunio exhala,
Cura al leproso, al sordo, al paralítico,
Al ciego le devuelve la mirada:

El siniestro furor del energúmeno,
Con sólo su presencia, al punto calma,
Como una vez, con sólo su contacto,
De la *Hemorroísa* la dolencia sana:

Los muertos resucita con la magia
De su voz apacible y sosegada,
Y, lo que es más, perdona los pecados
Al que con fe su protección reclama.

El Hombre-Dios, que á la creación entera
Su ley impone que jamás traspasa,
Haciéndose obediente hasta la muerte
Por redimir al mundo se anonada.

Y del siervo, adaptándose la forma,
Al hombre desgraciado se equipara,
Para poder llevar sobre sus hombros
De los pecados la pesada carga,

Y ofrecerse, cual víctima expiatoria,
Del Gólgota en la cima ensangrentada,
Para curar, con su preciosa sangre,
Del pecador las repugnantes llagas;

Como Dios, no podía sujetarse
Al dolor y á la muerte, que rescatan
A la doliente humanidad caída
Del demonio infernal entre las garras,

Y como hombre, tampoco no podía
Satisfacer á la Deidad airada,
Por lo que fue preciso que, á su tiempo,
El Verbo de la vida se encarnara.

...



ROMANCE SEGUNDO

VIDA ÍNTIMA DE JESÚS

El nombre de Jesús que es melodía
De origen celestial para el cristiano,
Que, en la ruda batalla de la vida,
Nuevo aliento recobra al pronunciarlo.

Es el nombre más grande que la Historia
Registra en sus anales venerandos,
Pues no hay otro que sea tan glorioso,
Con tanto amor bendito y adorado.

En todos los países de la tierra,
Aun en los más salvajes y lejanos,
Los misioneros de la fe incansables
La gloria de ese nombre han anunciado.

Y, en diez y nueve siglos, las naciones
Que han recibido el Evangelio Santo,
De su vida en las horas más solemnes,
Ese nombre divino han invocado.

Y la Iglesia, que vive de su espíritu,
Que ha recibido el especial encargo
De trasmitirlo á las criaturas todas,
En el curso del tiempo dilatado,

Al anunciar al mundo la doctrina
Que predicara el celestial Enviado,
Ha esculpido su imagen adorable
En la conciencia del linaje humano.

Y el Cristo de la Historia, que venera,
No es un mito ideal, un sér abstracto,
Como atrevida la razón científica
Ha pretendido, en su delirio insano.

No; no es posible que esa vida pura,
Que huellas tan profundas ha dejado
Sea, á lo más, piadosa fantasía
O la vana ilusión de ensueño vago.

La razón, ilustrada por la creencia,
Ese absurdo rechaza, al enunciarlo,
Porque en sí misma siente, á toda hora,
De esa existencia el inefable encanto.

El Hijo de la Virgen Nazarena,
Nacido entre las pajas de un establo,
Pasa su juventud pobre y oscuro,
Sin llamar la atención del mundo vano;

Pero al llegar á la viril edad,
Cumpliendo de su vida los treinta años,
Comienza á revelar de su destino
El hasta entonces misterioso arcano.

Al principio á unos pocos escogidos
Que fieles siguen por doquier sus pasos,
Con reserva la nueva les anuncia
De que el reino de Dios está cercano;

Y si á las turbas, que también le siguen
Por las riberas del tranquilo Lago
De *Genazar*, enseña con parábolas,
(Lenguaje en el Oriente acostumbrado),

Explica á sus discípulos, á solas,
En un estilo familiar y llano,
El sentido que tienen las parábolas,
De su anterior lenguaje figurado.

Jesús, como hombre, tiene la conciencia
De estar unido al Ente Soberano,
Y de esa unión los múltiples prodigios
Dan, á toda hora, testimonio claro.

Un día el Precursor, Juan el Bautista,
Por los judíos siendo interrogado :
“¿Quién eres tú? ¿Qué dices de tí mismo?”
Confesó y no negó, diciendo franco :

“No soy el Cristo, pero soy la voz
Del que clama en el yermo sin descanso:
Preparad del Señor las rectas vías,
Según dice Isaías inspirado”.

Sintiendo los impulsos del Espíritu
Al Cordero de Dios señala ufano,
Ante El se empequeñece y se cree indigno
De soltarle la cinta del calzado.

No así el *Rabbi* que en Galilea enseña
A la gente infeliz del pueblo bajo,
Que ansiosa de escucharle, hasta en ayunas,
Incansable le sigue por los campos,

Pues, habiendo venido solamente
Para lavar la mancha del pecado,
Necesita que el mundo le conozca,
Para poder por el amor salvarlo :

Necesita que el hombre pervertido,
Los antiguos errores detestando,
Tenga fe en su palabra y no repugne
El hondo cáliz del dolor amargo.

En ocasión por siempre memorable,
En Cesarea de Filipo estando,
Pregunta á sus discípulos qué piensan
Acerca de El los hombres, sus hermanos.

Y al oír que le toman por alguno
De los grandes profetas del pasado
¿“Y, vosotros, quién creéis que sea yo?”
Continúa de nuevo preguntando.

“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”
Le responde Simón apresurado,
De su fe ardiente y de su amor profundo
En el sublime y férvido arrebatado.

Y El, aceptando el testimonio honroso
Del sincero y verídico artesano,
En presencia de todos los discípulos,
Le dice al punto, con acento blando:

“Bienaventurado, tú, Simón *Barjona*,
Porque, la voz secreta despreciando
De la carne y la sangre, sólo afirmas
Lo que mi Padre á tí te ha revelado”;

“Y yo te digo, en cambio, que eres Pedro,
Y que sobre esta piedra, con mis manos,
Mi Iglesia construiré, que del infierno
Contrastará todo el poder nefando”.

Así Jesús se ofrece á sus amigos,
Que estaban sus palabras escuchando,
Como el Hijo de Dios, no en el sentido
En que nosotros la expresión usamos;

Sino en sentido propio y verdadero,
Pues de otro modo no estimara tanto
La confesión del pescador, que hace
El primero en su santo Apostolado.

Y después que á los suyos, en el seno
De la amistad, revélase confiado,
En Judea aparece, sin temores,
Su filiación divina publicando,

A la faz de la antigua Sinagoga,
Ante el Consejo vil de los Ancianos,
Que, interpretando mal las Escrituras,
Su voz escuchan con temor y espanto.

Porque creen que blasfema al ofrecerse
Como el Cristo de todos esperado,
É incitan á la necia muchedumbre
Que quiere castigarlo con escándalo.

Mas El, sin inmutarse, les pregunta
Por qué motivo quieren apredrearlo,
Cuando sus obras dan un testimonio
De que su Padre al mundo le ha mandado.

Afirmación solemne que repite
Ante el gran Sacerdote, que irritado
Le conjura que diga si es el Cristo,
Para llevar su causa ante Pilatos:

Afirmación solemne que recuerda
A la hora de su muerte el pueblo ingrato,
Que en el trastorno universal confirma,
De pavor lleno, el Centurión romano.

Inspirar á los hombres esa creencia
Es de Jesús el especial conato,
A pesar de la envidia disfrazada
De la fe religiosa con el manto.

Por eso se presenta como el tipo
De perfección moral más acabado,
Como el ideal del Justo que han descrito
Los Vates de Israel, á grandes rasgos.

Sablime, hasta rayar en lo divino,
Se muestra humilde, compasivo y manso,
Amigo de los seres desvalidos,
Más que una virgen pundorosa, casto.

Y al despreciar severo é implacable
Las inicuas riquezas del avaro,
Bendice la miseria del mendigo
Que resignado sufre como Lázaro.

Los genios de los tiempos anteriores,
Los grandes maestros del saber profano,
De la Verdad eterna los destellos
Han entrevisto apenas, con trabajo;

Aun los mismos Profetas del Altísimo,
Que de su pueblo son sagrados bardos,
Por los destellos de la luz divina
No han sido por completo iluminados.

Sólo Jesús, ideal de los Profetas,
A quien el genio ha presentido acaso,
Es capaz de abarcar con su mirada
De la luz infinita el oceano.

Su corazón sensible y bondadoso,
Afectos de ternura desbordando,
De la niñez se goza en la inocencia,
La ancianidad consuela, con agrado,

Perdona á la mujer Samaritana,
Como á la pecadora de *Magdalo*,
Sintiendo compasión y simpatía
Por los arrepentidos publicanos.

Y esa ternura el cieno de la tierra
Con su vapor infecto no ha manchado,
Pues de Jesús el corazón amante
Es de pureza incorruptible vaso.

Sabiendo que es el Hijo del Eterno,
Con su doctrina y con su ejemplo raro,
Al hombre presta poderoso auxilio
En las tremendas luchas contra el Malo.

Y como Hijo del hombre, perseguido
Por el odio feroz del populacho,
Se sujeta á una muerte ignominiosa,
En el suplicio infame del esclavo:

Y en el supremo instante de su vida,
Cuando se ve del Padre abandonado,
Parece aún que, en su amoroso seno,
Quiere estrechar al hombre entre sus brazos.



ROMANCE TERCERO



VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Como en la Historia, que los grandes hechos
De los tiempos pasados nos recuerda,
No se nombra otro pueblo que supere
En gloria y fama á la Nación hebrea,

Así del orbe en ambos hemisferios
Un país tan famoso no se encuentra
Como la antigua Tierra prometida
Que de Dios guarda, por doquier, la huella.

Allí, al principio, errantes los Patriarcas
Confiando del Señor en las promesas,
En medio de las razas enemigas,
Oraron con fervor, bajo sus tiendas :

Allí, sus descendientes, herederos
De una dulce esperanza lisonjera,
Aguardaron del Cristo la venida
Que anuncian los Videntes, sin reserva.

En esa tierra hermosa y bendecida,
En la amada Ciudad del Rey-poeta,
El magnífico Templo de Jehová
Construyó Salomón, con fe sincera,

Para que el pueblo de Israel, viniendo
De todos los confines de esa tierra,
Sacrificio, oblaiones y holocausto
Al Dios de los Patriarcas ofreciera.

Jerusalem, la perla del Oriente,
La ciudad más nombrada del planeta,
Después de ser de las naciones todas,
Por su hermosura, la envidiada reina,

Hasta el presente existe todavía,
En las montañas de Judá desiertas,
Roto en jirones su purpúreo manto,
De su trono caída y sin diadema,

Porque á la voz de los Profetas sorda,
De su sangre mostrándose sedienta,
En su soberbia conocer no quiso
De su visitación la hora suprema.

En un extremo de ese suelo histórico,
Vecina á las naciones extranjeras,
Se extiende una comarca dilatada
Que era del pueblo la constante befa :

Galilea gentil, como el judío
La llamaba, envidiando la belleza
De su tranquilo y pintoresco Lago
Y sus llanuras de verdor cubiertas,

Es un jardín de perfumadas flores,
De rubio trigo hermosa sementera,
Cruzada por arroyos murmurantes,
Como el Cisón, que hacia la mar se aleja.

Sobre uno de sus montes elevados
Aun se levanta Nazaret modesta,
La patria del Profeta galileo
Que ha roto del esclavo las cadenas.

Bajo su cielo azul y trasparente,
Del mar de Genezar en la ribera,
Que, en las aguas rizadas por el viento,
Los tenues rayos de la luz refleja,

El hijo de un oscuro carpintero
Y de María, humilde nazarena,
Causando admiración á sus paisanos,
Como enviado del cielo se presenta.

Es Jesús que, viviendo retirado,
Sin haber asistido á las Escuelas,
Los pasajes oscuros ó dudosos
De los Sagrados Libros interpreta.

Sencillo en sus costumbres, hasta el grado
De llamar la atención por su llaneza,
A las turbas, que escuchan su palabra,
Prácticamente la virtud enseña;

Y las turbas, sintiéndose atraídas
Por una oculta y misteriosa fuerza,
No se sacian de oírle, presintiendo
Que obra prodigios por virtud secreta;

Y viendo que el milagro no es un hecho
Excepcional, obrado con rareza,
Sino estado normal, signo constante
De la virtud de Dios que se revela,

Agrúpanse en redor del Taumaturgo
Que, ante su vista fascinada, ostenta
Un poder infinito, al que obedece,
Pronta y sumisa, la creación entera.

Entonces Él, huyendo de su patria
Que al escucharle por la vez primera,
Con violencia le expulsa de su seno,
Para arrojarle de elevada peña,

Camina, sin premura, por la orilla
Del azulado Lago en que se asientan
Bethsaida y Cafarnaum, do concurre
De todas partes muchedumbre inmensa.

Y viendo á unos cansados pescadores
Que allí sus redes con ardor remiendan,
Sube en la barca de Simón Barjona,
Y que se aparte de la tierra ordena,

Lo mismo que le manda que sus redes
Éche á la mar, que muéstrase serena,
Aunque le dice que, sin fruto alguno,
Toda la noche se han pasado en vela.

Y haciéndolo en su nombre, sorprendido
Al recoger la milagrosa pesca,
“Retírate de mí, soy pecador”,
Exclama al punto, como en són de queja.

Y Jesús, comprendiendo lo espontáneo
De esas palabras llenas de franqueza,
“Yo haré que seas pescador de hombres,
Bondadoso le dice, nada temas”.

Y adelantando más en su camino
Ve á Santiago y á Juan, en la tarea
De componer sus redes, en un barco
Que por seguir su llamamiento dejan.

De ese modo el humilde Nazareno
De su grande obra los cimientos echa,
Elegiendo unos pobres pescadores
Del reducido mar de Galilea.

Para que adictos siempre á su persona,
De su destino viendo la grandeza,
De pescadores rudos é ignorantes
En pescadores de hombres se conviertan.

Así, el que ha creado el mundo de la nada,
Para salvarlo no otra cosa emplea,
Y la nada del hombre miserable
Atestigua de Dios la fortaleza.

Los Profetas, desde épocas remotas,
Habían anunciado con certeza,
Que en el confín de Zabulón veríase,
Y en Neptalí, lucir una lumbrera.

Y, en ese instante crítico en la Historia,
De la Escritura cúmplese la letra,
Porque del joven Maestro la doctrina
De claridades la conciencia llena.

En medio del concurso de las gentes
Que gustosas le siguen, por do quiera,
Entre la turba escoje los discípulos
Que van á divulgar su santa idea,

Porque El bien sabe que en el pueblo existen
Corazones sencillos, almas bellas,
Como están en el fondo de los mares,
En su concha escondidas, blancas perlas.

Una vez que á los Doce ha destinado
Para ser sus Apóstoles, no cesa
De enseñarles, en público y á solas,
La moral que á los hombres regenera.

Y como si quisiera promulgarla
De una solemne y singular manera,
De una montaña sube la pendiente,
Donde la turba ansiosa le rodea:

Y desplegando los sagrados labios
Expande su alma generosa y tierna,
Para ofrecer al corazón humano
El ideal de la dicha verdadera:

En el reino de Dios tan sólo se halla,
Y quien la busque, necio, en las riquezas,
En las glorias humanas, en el fausto,
Y en los placeres terrenales, yerra.

El que busca la dicha en las criaturas
Va caminando por el mundo á ciegas,
Se prepara terribles decepciones,
Sintiendo el alma de alegría hambrienta;

En tanto que el que cifra su ventura
Del sacrificio en la virtud austera,
La tierra poseera de los vivientes
Y alcanzará la beatitud eterna.

Mas para entrar en el celeste reino
Es preciso seguir la vía estrecha,
Es necesario renunciar al mundo
Del espíritu amando la pobreza.

Ninguno poseerá la tierra hermosa
Que se ofrece al mortal en recompensa,
Si no se vuelve manso y humillado
Y los preceptos de la Ley observa.

Los consuelos divinos al que llora
Su culpa arrepentido se reservan,
Como la paz del alma al que confiado
De la justicia el galardón espera.

No alcanzará de Dios misericordia
El que con otro esa virtud no ejerza,
Como tampoco le verá, jamás,
El que pierde del alma la limpieza.

El que ambicione ser hijo del Padre
Refrenar debe la pasión violenta,
Ser pacífico y dulce con el hombre,
Con quien le liga caridad fraterna.

Lo que parece á la razón humana
De la existencia negación completa,
Viene á ser, por la gracia, su resorte
Y de su dicha la segura prenda.

La humildad, la dulzura, el sufrimiento,
La abnegación que el interés condena,
Sufrir persecución por la justicia,
Es del reino de Dios la recta senda.

No es el hombre el que hablando de ese modo
Un nuevo ideal en la conciencia crea,
Sino el Hijo de Dios, que de las lágrimas
Hace un rocío para el alma enferma.

Por eso sus discípulos le siguen,
Abandonando al punto sus faenas,
Con la misma obediencia que *Leví*,
El publicano de conducta aviesa,

Que, de pronto en apóstol convertido,
Después destina á una mayor alteza,
La de ser el primer Evangelista
Que los prodigios de su vida cuenta.

Testigo presencial de esos prodigios
Obrados en su patria y en Judea,
En presencia del pueblo entusiasmado,
Como también en faz de la nobleza,

A impulsos del Espíritu divino,
Que su ardorosa inspiración le presta.
Escribe, con estilo inimitable,
Una historia inmortal que al mundo lega:

Documento precioso que en el curso
De los siglos intacto se conserva,
Porque en él las sublimes enseñanzas
Del Redentor divino se condensan.

La idea primordial de esa Escritura,
Que los cristianos con piedad veneran,
Es la fe en que Jesús es el Mesías
Prometido á Israel por los Profetas:

La fe que los Apóstoles predicán,
Sin temor, en sus patrias asambleas,
Y que enseñan más tarde á los gentiles,
Enriquecidos con el dón de lenguas:

Monumento que el genio religioso
A la memoria de Jesús eleva,
Para que ante Él, postrada de rodillas,
La humanidad su adoración le ofrezca.

Al recorrer sus páginas escritas
En lenguaje oriental, con pluma maestra,
El espíritu créese trasportado
De Palestina á la comarca bella.

Imaginando ver sus horizontes
Inundados de luz y las escenas
Que en ella se pasaron, en los días
En que anunció Jesús la Buena-Nueva:

Imaginando oír la voz suave
Que las tristezas del mortal consuela,
La sencillas parábolas del Reino,
Que otro tiempo escuchó la plebe atenta;

Y yo que, por mi dicha, he contemplado
Esa extraña y sin par naturaleza,
He creído encontrar por todas partes
La imagen de Jesús dulce y risueña.



ROMANCE CUARTO

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS.

Cuando el Hijo del hombre en Galilea
Y en Samaria ha anunciado el Evangelio,
Llega á Jerusalem con sus discípulos,
Para adorar con ellos en el Templo.

Entrando, como en triunfo, entre los víctores
Y los hosannas del concurso inmenso,
Que lleno de entusiasmo le recibe,
Como venido en nombre del Excelso,

De Salomón en el suntuoso Pórtico,
A do concurre con frecuencia el pueblo,
Con acento profético declara,
Que ha llegado, por fin, de Dios el reino ;

Y á la casa de Israel, que ha conservado
De las promesas santas el recuerdo,
Así como á sus pollos la gallina,
Congregar quiere de ternura lleno.

A pesar del rencor de los Escribas
Y Sacerdotes que, con falso celo,
Desde el principio espían su acciones,
Con el fin solamente de perderlo,

De nuevo enseña la doctrina pura
Que al hombre, peregrino por el suelo,
Le muestra, entre las zarzas y malezas,
De la Sión de las almas el sendero.

En tanto que á la clase desvalida
Amoroso prodiga sus consuelos,
Condena sin piedad la hipocresía
Y el orgullo procaz del fariseo,

Que apegado al sentido literal
De las sentencias del sagrado Texto,
Despreciando el espíritu vivífico,
Hace una religión del culto externo.

Lo que provoca el odio y las envidias
De los miembros que forman el Consejo
De la Nación, que intenta darle muerte,
Maquinando sus planes en secreto.

Y aunque El conoce su intención dañada,
Porque lee sus ocultos pensamientos,
No cesa de clamar contra los vicios
Que van á hacer su porvenir funesto.

Mas cuando ve que se aproxima la hora
En el reloj eterno de los tiempos,
En que ofrecer debía por el hombre
De su existencia el sacrificio cruento,

Después que ha celebrado con los suyos
La última Pascua, bondadoso y tierno
Les deja una memoria de su vida,
De su acendrado amor un monumento.

Y, de Jerusalem saliendo fuera,
De Gethsemani se encamina al Huerto,
Donde abrumado de mortal angustia
Va á dar principio á su martirio lento.

Sintiendo, entonces, sobre Sí caer
De la común iniquidad el peso,
La hace suya, ofreciéndose como hostia
Para calmar las iras del Eterno.

En ese instante, con el alma triste
Hasta la muerte, enlaquecido el cuerpo,
Siente brotar copioso de sus poros,
En fuerza de sufrir, sudor sangriento.

La voluntad humana contrariada
Enérgica repugna el sufrimiento,
De la conservación propia avivando,
Ante la muerte, el natural deseo ;

Y si bien El podía sustraerse,
Al dolor y á la muerte, con quererlo,
No olvida que se hizo hombre y vino al mundo
Para morir, triunfando del averno.

El hombre no conoce los dolores
Que le reserva el porvenir incierto,
Pero Jesús los ve como presentes,
Siendo por esa causa más intensos :

Ve la traición de Judas que le vende,
La vergonzosa negación de Pedro,
El cobarde abandono de los mismos
Que ofrecían morir con El resueltos :

Ve las lanzas, las cuerdas, los azotes,
El regio manto de irrición y el cetro,
La corona de espinas con los clavos,
La cruz do exhalará su último aliento :

Y aumentanse su pena y su congoja
De muchas almas la desgracia viendo,
Ovejas descarriadas que prefieren
Morir hambrientas, del rebaño lejos.

Y cuando llega al colmo su amargura
Al Padre pide, con sentido acento,
Que aparte, si es posible, de sus labios
El negro cáliz del dolor acerbo;

Mas que la voluntad del cielo se haga,
Y no la suya, le suplica luego,
Mereciendo que un ángel compasivo
Descienda á confortale en el momento.

Jesús, agonizante en Gethsemani,
Ofrece á los que sufren un modelo,
Que imitarán los generosos mártires
Al derramar su sangre por el Maestro.

Como antes de empezar su vida pública,
La tentación rechaza en el desierto,
En el jardín de los Olivos vence,
Antes de ir á morir, el desaliento.

Para enseñar al justo perseguido,
Con la elocuencia muda del ejemplo,
Que, en los recios combates de la vida,
La oración da á las almas ardor nuevo.

Y después que ha pasado la vehemencia
Del dolor, que no agota el sentimiento,
Se llega á los discípulos, que débiles
Dominar se han dejado por el sueño.

Mandándoles que pronto se levanten,
Sin alterarse, en ademán sereno,
Y acompañado de ellos, silencioso,
Del apóstol traidor sale al encuentro.

“¿A quién buscáis?” les dice á los sicarios,
Cuando Judas le entrega con un beso,
Y oyendo que dos veces le responden
Que buscan á Jesús, el Nazareno :

—“Os digo que yo soy á quien buscáis,
Pero dejad en libertad á éstos ”
Añade, señalando á sus discípulos,
Dando así á la Escritura cumplimiento.

Y luego que ha mostrado á los satélites
Su majestad y su poder extenso,
Postrándolos á todos en la tierra,
Sin hacer ni siquiera un movimiento.

Se deja aprisionar sin resistencia,
Moderando de Pedro el ardimiento,
Como se deja conducir á el ara
Del sacrificio dócil el cordero.

Conducido al palacio del Pontífice,
Que orden había dado de prenderlo,
Ante su tribunal es acusado
Como autor de herejías y blasfemo :

Pero El, que se defiende de haber sido
Propagador de errores encubierto,
Al escuchar el falso testimonio
De gentes sin honor, guarda silencio,

Hasta que el Sacerdote le conjura
Que diga si es el Cristo verdadero.
Sin vacilar, respóndele: “Yo soy,
Y un día me veréis venir del cielo”.

Confesión admirable que define
El sér divino del humilde preso,
Que, á la mirada atónita del juez,
A la altura de Dios levanta al reo.

Pero aquél, para dar mayor escándalo,
Sus vestiduras con dolor rompiendo,
“¿Habéis oído, dice, la blasfemia?
¿Qué más pruebas queréis, si está confeso?”

Y el *Sanhedrín*, compuesto de enemigos,
A muerte le condena, sin recelo,
Permitiendo á la infame soldadesca
Que le maltrate, viéndole indefenso.

Entretanto la Víctima inocente,
Sin quejarse, los golpes recibiendo.
Se deja conducir hasta el Pretorio,
Donde el poder romano tiene asiento.

Con inquietud Pilato á los judíos
“¿ De qué acusáis, les dice, al prisionero ?”
— “ Si malhechor no fuera, le responden,
Traerlo ante ti no hubiéramos dispuesto ”.

— “ Si es así, continúa el Presidente,
Conforme á vuestra Ley tenéis derecho
De juzgarle, imponiéndole el castigo
A que se hace acreedor por sus excesos ”.

— “ Nosotros no podemos dar la muerte,
Y este hombre es sedicioso, dicen ellos,
No permite el tributo dar al César
Y además por sí mismo rey se ha hecho ”

Y viéndole azotado, escarnecido,
Coronado de espinas, macilento,
“ ¡ Crucifícale ! ”, exclaman, “ ¡ crucifícale ! ”,
Las turbas con horrible clamoreo.

— “ No encuentro causa en él ”, dice el romano
De salvarle abrigando el noble intento :
— “ Conforme á nuestra Ley debe morir :
Se llama Hijo de Dios ”, dicen violentos.

Y Pilatos, lavándose las manos,
Le condena á morir en el tormento
Que se aplica á los grandes criminales,
En el suplicio del esclavo abyecto.

Y el *Hombre de dolores*, agoviado
Por la Cruz, el camino va siguiendo
Del patíbulo infame, con la ayuda
Que obligado le presta el Cirineo;

Y en el trayecto cae varias veces,
Y, aumentando su amargo desconsuelo,
Ve á su Madre angustiada que el semblante
De palidez mortal tiene cubierto ;

Hasta que llega al Monte del Calvario
Do, de la Cruz clavado en el madero,
Inclina suavemente la cabeza
Su espíritu entregando al Sér Supremo.

Al vencer á la muerte con la muerte
El Paraíso al hombre deja abierto,
Lava la negra mancha del pecado,
De su sangre preciosa con el riego.

Y huérfanos y solos no quedamos,
A las insidias del demonio expuestos,
Pues nos lega á su Madre bondadoso
Cuando se vuelve de su Padre al seno.

El Hombre-Dios, unido á las criaturas
Con la lazada del amor perfecto,
Arrebata á la muerte su victoria,
El poder sujetando del infierno.

A fin de que los hombres convertidos,
De las celestes glorias herederos,
Rompiendo del pecado las cadenas
Salieran de su horrible cautiverio.

Pues si al tomar la forma del esclavo,
Para salvarnos, el divino Verbo
Se sujeta á sufrir de los dolores
Y de la muerte el anatema horrendo,

Al exhalar el último suspiro
Que la tierra estremece en sus cimientos,
Cuando el sol eclípsado, al medio día,
De sus sepulcros ve salir los muertos,

Con el mismo poder que de la nada
Las bellezas formó del universo,
Da, venciendo á la muerte y á la culpa,
La vida de la gracia al hombre nuevo.

(FIN DE LA PRIMERA PARTE)



LOS EVANGELISTAS.



PARTE SEGUNDA



SAN MARCOS,

SIMBOLIZADO POR EL LEON





SEGUNDA PARTE.

ROMANCE PRIMERO

ANUNCIO DEL REINO DE DIOS POR EL BAPTISTA.

Después que largo tiempo ha enmudecido
De los Profetas la inspirada voz,
Cuando á Judá se le ha quitado el cetro,
Según la profecía de Jacob,

Saliendo del desierto en que ha crecido,
Aparece, á la orilla del Jordán,
Un hombre extraordinario, un *Nazareo*,
Que habla de penitencia, sin cesar.

Vistiéndose con pieles de camello,
De langostas nutriéndose y de miel,
Con su rudo exterior la gente atrae,
Que incansable le sigue por doquier.

Al verle, creen algunos que es Esenio
Salido del oasis de *Engaddi*,
Para buscar prosélitos que quieran,
Lejos del mundo, en soledad vivir.

Mas oyendo sus fúrvidos discursos,
En que deja entrever un nuevo ideal,
Comprenden que el austero solitario
No es un ente común, un sér vulgar.

Otros, acaso, piensan que es profeta,
Que, imitando de Elías la virtud,
Del pueblo en la conciencia oscurecida
Hace irradiar de la verdad la luz :

Y llenos de patriótico entusiasmo,
Que se exalta de Roma ante el poder,
Acariciando siempre la esperanza
Que en el Mesías les promete un rey,

De todas partes llegan, presurosos,
Los hebreos que moran en Cannán,
Presintiendo que el día se aproxima
En que van á obtener su libertad.

Pero si algunos, sin poder sustraerse
A las influencias de un funesto error,
Imaginan que el Cristo será un héroe
Que del mundo va á ser conquistador,

Los judíos de espíritu elevado,
Ateniéndose al Libro de la Ley
Y los Profetas, la vulgar creencia
De los ilusos miran con desdén,

Porque ese Libro, en sus sagradas páginas,
Llama al Cristo venturo Hijo de Dios,
Engendrado en su seno eternamente,
De la luz increada al esplendor.

Para éstos es profético el acento
Salido de los labios del *Nazir*,
Que es *La voz del que clama en el desierto*,
Como él se llama en su expresión feliz.

No con otro carácter se presenta
A las turbas el santo Precursor,
Cuando condena el mal, que le contrista
Y le llena á la vez de indignación.

Sabiendo que es pariente del Mesías,
A quien viene el camino á preparar,
No ignora que un destino prodigioso
Le aguarda desde el seno maternal.

Por eso, retirado y penitente,
Sin olvidar su vocación, infiel,
Los deleites detesta de la carne
Sintiendo sólo la pasión del bien :

Y cuando anuncia que de Dios el reino,
Para dicha de todos, va á venir,
Sin lisonjear las locas ambiciones
De las gentes oriundas del país.

Les dice, que no vale para nada
Ser hijo, por la sangre, de Abraham,
Si no se imita su virtud sencilla,
Sujetando al deber la voluntad.

Con los jefes del pueblo inexorable,
Su veneno compara al del aspid,
Y “¿quién os ha enseñado, les pregunta,
La ira ventura del Señor á huír?”

Mientras que ellos, dudando de su ciencia,
En su intención no viendo rectitud,
Le tienen por fanático, poseído
Del espíritu ruin de Belzebú.

De los humildes, al contrario, él quiere
Ganarse el corazón y la amistad,
Con dulzura les habla al proponerles
Sus máximas sublimes de moral :

La justicia aconseja á los que cobran
Los impuestos que exige la Nación,
Y que no pidan más que lo prescrito,
Para no hacer su condición peor :

La dulzura encarece á los soldados
Que desean cumplir con su deber,
Que no usen de violencia, y no calumnien,
Y que contentos con su sueldo estén :

“ Sed buenos ”, les repite con frecuencia
A los que van de su enseñanza en pos :
“ Al que no tenga dad los que tenéis,
Reservando á los pobres su porción.”

Del áspero desierto en que ha vivido
Sus imágenes toma, al predicar,
Y al alma comparándolo, les dice :
“ Del Señor los caminos preparad ”

La penitencia exige y el bautismo
Al que mira sus culpas con horror,
Porque conviene que estos ritos sean
Como señal sensible de expiación.

Y viendo la asamblea de los doctos,
Que vela de la Ley la integridad,
El ascendiente, cada vez más grande,
Que en la gente del pueblo tiene Juan,

Desde Jerusalem manda emisarios,
Que, ocultando sagaces su intención,
Averigüen qué piensa de sí mismo,
Si es, en verdad, profeta ó impostor :

Pero él, sin preocuparse, ni un instante,
De la lisonja que en sus frases hay,
Les dice, que ha venido solamente
La persona del Cristo á señalar.

Y siguiendo del río la corriente
Llega á Betania, enfrente á Jericó,
Donde concurre inmensa muchedumbre
El bautismo pidiendo con ardor.

Entonces, la persona del Mesías
Ve entre la turba, por primera vez,
Y, poseído de entusiasmo, exclama:
“ Al Cordero de Dios presente ved :”

Y cuando Este, causándole sorpresa,
Se dispone el bautismo á recibir,
“ ¿ Debiendo yo de Ti ser bautizado,
Cómo, le dice, vienes hasta mí ?”.

Pero oyendo, que manso le responde
Que conviene se cumpla por los dos
Toda justicia, dócil obedece,
Comprendiendo que es esa su misión :

Y, del cielo entreabierto, ve el Espíritu
En forma de paloma descender,
Y oye una voz que dice: “Este es mi Hijo
El bienamado, y me complace en Él.”

En este acto solemne y milagroso,
Que las turbas presencian en quietud,
Se realiza el destino del Bautista
Y el magisterio empieza de Jesús.

Como aquél, Este anuncia á los Judíos
Que se aproxima el reino celestial
Y que el Mesías es el Rey glorioso
Que al mundo trae la deseada paz.

Del carácter mesiánico del Maestro
Atributo es la regia majestad,
Y por eso el segundo Evangelista
Como el León lo presenta de Judá.

Marcos que, acaso, por su dicha ha sido
Testigo de su vida y su pasión,
Las órdenes de Pedro obedeciendo
De esos hechos la historia nos dejó ;

Historia que el discípulo inspirado
Escribió en Roma la imperial, después
Que siendo por Herodes perseguido,
El Apóstol dejó Jerusalem,

Y con sencillo estilo las acciones
Refiere del divino Redentor,
Desde el principio de su vida pública
Hasta el día feliz de su Ascensión.

Comparando este Libro al que escribiera
Mateo, que antes se llamó Leví,
Se ve que tienen un común origen
Y que tienden también al mismo fin :

Originales ambos, pues han sido
Dictados por la misma inspiración,
Contienen la doctrina sacratísima,
Que en la tierra enseñara el Hombre-Dios.

Por eso los cristianos que vivían
En los primeros tiempos de la fe,
Atentos escuchaban su lectura
Y en ella hallaban su mejor sostén ;

Y la Iglesia venera en sus altares
La imagen del magnífico escritor,
Colocando junto á ella, casi siempre,
La figura simbólica de un León.





ROMANCE SEGUNDO

EL PODER PÚBLICO DE JESÚS.

Cuando Herodes Antipas puso preso,
Por temores secretos, al Bautista,
Aparece Jesús en Galilea
Que escucha su enseñanza, conmovida:

“El tiempo se ha cumplido, dice al pueblo,
Y el reinado de Dios ya se aproxima:
Haced por vuestras culpas penitencia,
Y creed del Evangelio la doctrina.”

Y este anuncio que Juan ya ha divulgado,
En un lenguaje lleno de energía,
Que inspiraba temor á las conciencias
De los que atentos su palabra oían,

Infunde sentimientos de confianza,
Porque la voz amante del Mesías
Es más dulce que el canto de la alondra,
Más suave que el susurro de la brisa.

Dichosos los que, yendo tras sus pasos,
Escuchan de esa voz la melodía,
Que, encantando el oído, hace brotar
La luz que las conciencias ilumina.

Dichosos los humildes galileos
De intención pura y voluntad sencilla,
Que oyendo las sublimes enseñanzas
Del joven Nazareno le seguían:

Dichosos, porque fueron escogidos
Para ser de su reino las primicias,
Y de entre ellos saldrán los misioneros
Que anunciarán al mundo su venida.

Seguido de unos pocos de los mismos,
Que forman de Jesús la compañía,
Las fiestas de unas bodas, en Caná,
Con su augusta presencia solemniza:

Y, á instancias de su Madre que la falta
Del vino del festín le significa,
Obra un milagro, en vino convirtiendo
El agua de unas hidrias que allí había.

Manifestando así, por vez primera,
Ante el concurso que el prodigio admira,
El poder que de lo Alto ha recibido
Y que obedece la creación sumisa.

Estando unido á Dios, ó mejor dicho,
Estando en Él la plenitud divina,
A la criatura humana se revela,
Empleando como Dios las fuerzas físicas.

Como más tarde aplicará otras fuerzas
De un orden superior, desconocidas,
Convirtiendo las almas y cambiando
De la vida social la esencia íntima.

El milagro, que lejos de oponerse
A las leyes eternas las confirma,
Es un hecho constante que en el libro
De la historia del mundo se registra :

Por más que, ciega ante su luz brillante,
Negarlo quiera la razón mezquina,
La universal creencia de los pueblos
La realidad de su existencia afirma.

Y la Historia evangélica, formada
Por la serie jamás interrumpida
De los prodigios que Jesús obrara
En la tierra feliz de Palestina,

A través de los siglos, ha triunfado
De los ataques de una escuela impía,
Que pretende en lugar de la verdad
El error colocar y la mentira.

Por eso cuando Juan á sus discípulos
Manda á Jesús, diciendo sin envidia:
“¿Eres, acaso, Tú, el que ha de venir,
O esperamos á otro todavía?”

—“Id, les dice, anunciad al que os ha enviado
Lo que ahora tenéis á vuestra vista:
Los ciegos ven, se curan los leprosos,
Y los pobres también se evangelizan,”

Como queriendo que ellos comprendieran,
Que la verdad de su misión estriba
En el poder supremo con que ha obrado,
En su presencia, tantas maravillas

Que no se atreven á negar los sabios
Que interpretan la Ley, ni los Escribas,
Los cuales, á lo más, osan decir
Que son efectos de virtud maligna.

Así Jesús, que, como Dios, enseña
De preferencia á la Nación judía,
Obrando como Dios, quiere inspirarle
Una fe ardiente, cada vez más viva.

Para que un día, dando testimonio
De las grandes acciones de su vida,
Anuncie su palabra á los gentiles
Que van á detestar la idolatría ;

Y como el labrador en el terreno
Ya preparado siembra la semilla,
Así en las almas el precioso germen
De la verdad eterna deposita.

Compadecido de la suerte mísera
De la quejosa humanidad caída,
Que del abismo horrendo de la culpa
No puede levantarse por sí misma,

Los auxilios le ofrece de la gracia
Que despreciara en su soberbia altiva,
Si la casa paterna, como el Pródigo,
Busca otra vez, por el dolor contrita ;

Y vincula á los signos materiales
La virtud de la gracia prometida,
Que es la prenda segura que da al mundo
De sus misericordias infinitas.

Y con su influencia cambia los destinos
De la criatura ingrata y pervertida,
Que contenta vivía en la miseria,
De su antigua grandeza entre las ruinas.

Sólo Jesús, Dios y hombre verdadero,
Ha podido cambiar, con la magia
De su palabra, el corazón humano,
Su dignidad volviendo á la familia.

La sociedad antigua, profesando
De una ciencia orgullosa las teorías,
Negaba á la mujer su noble origen
Y la trataba como esclava indigna ;

Y ante las leyes duras y arbitrarias.
Que algunos llaman "*La razón escrita.*"
Para nada le vale á la infelice
Su condición de madre, esposa é hija.

Pues cuando crece en el hogar paterno
Y sus sueños de amor casta idealiza,
Se estremece pensando que su padre
Puede hacer de ella vil mercadería.

Y cuando llega á compartir el lecho
Del hombre que debiera hacer su dicha,
Al perder la hermosura del semblante
Despreciada se ve y envilecida,

Porque aun los seres que en la tierna edad
Amorosa colmara de caricias,
Cuando ya visten la *pretextada toga*
De su ternura y de su amor se olvidan.

También el padre ejerce sobre el hijo,
En quien acaso su esperanza cifra,
Absoluto poder, que en ocasiones
Convirtiose en horrible tiranía.

Mas el Hijo del hombre, que ha venido
A renovar la sociedad antigua,
A la mujer, en todos sus estados,
Y al hijo, en sus derechos, rehabilita,

Próvido preparando, de ese modo,
La evolución que realizar medita,
Una sola familia, numerosa,
Haciendo de las razas enemigas.

Las naciones gentiles, casi siempre
Celosas unas de otras, egoístas,
Miraban con horror al extranjero
Y tal vez por contrario le tenían ;

Aun el pueblo escogido, que entre todas
Aspiraba á tener supremasía,
Retirado viviendo en sus montañas
Semejaba á un austero cenobita,

Y huía del comercio de las gentes,
Hasta de aquéllas á su país vecinas,
Porque pensaba que el contacto sólo
El enojo del cielo le atraería:

Preocupaciones que Jesús condena,
La conducta afeando del Levita
Y el Sacerdote, que de largo pasan
Sin fijarse, siquiera, en las heridas

Del hombre que asaltaron los ladrones,
De Jericó en la agreste cercanía,
Y que el Samaritano compasivo
Recoge al punto y bondadoso cuida:

Y al confundir la ciencia de los sabios
Que de una escuela siguen la rutina,
En tan bella parábola, del prójimo
La idea axacta y verdadera explica,

Y depurando el noble sentimiento
Que al suelo de la patria al hombre liga,
Allana de los pueblos las fronteras
Cuando el amor universal predica.



ROMANCE TERCERO

ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE DIOS.

Al acercase el tiempo señalado
Por todos los sagrados vaticinios,
En que abriéndose el cielo iba á llover
Sobre la tierra estéril su rocío,

Sólo reinaba en ella la materia,
Que, halagando del hombre los sentidos,
Le avasallaba, haciéndole seguir
El impulso brutal de sus instintos ;

Y él, confundiendo á Dios con las criaturas,
Al error entregado y á sus vicios,
Les tributaba un culto vergonzoso,
Su origen olvidando envilecido.

Hasta los descendientes de Abraham,
Entre todas las razas escogidos
Para formar un pueblo que guardara
La idea verdadera del Dios vivo,

Dando un falso sentido á la Escritura,
Sin comprender siquiera su destino,
También participaron del error
Que dominaba al mundo decaído.

Existían, empero, todavía
En medio de ese pueblo bendecido,
Algunas almas llenas de esperanzas
En las promesas de sus santos Libros.

Y el tiempo que desearon los Patriarcas,
Que los grandes Profetas han predicho,
Llega, por fin, y en un rincón del mundo
Aparece el Mesías prometido.

Para que sea realizado el reino
De que hablan los Profetas, es preciso
Que, sin violar las leyes naturales,
Intervenga el Espíritu divino.

Y en la persona de Jesús se cumple,
Para dicha del mundo, ese prodigio,
Pues, siendo Hijo de Dios, Hijo del hombre
Se reconoce y llámase á Sí mismo,

Porque lleno sintiéndose, á toda hora,
De la unción de este Espíritu vivífico,
De su Padre conoce los secretos
Y realiza en la tierra sus designios :

Estando unido á la Deidad, de un modo
Incomprensible al hombre pervertido,
Le atrae con la gracia y le transforma,
En libertad dejando su albedrío,

A fin de que, negándose á sí propio,
Deteste la pasión del egoísmo,
Y de la independencía de su espíritu
Voluntario le ofrezca el sacrificio.

Porque la fe sincera en su palabra
De esa transformación es el principio,
La fe que ofrece al pensamiento humano
Horizontes radiantes y magníficos.

Mas como el reino cuyas bases pone
No es un imperio terrenal, mezquino,
Sino el conjunto de los pueblos todos,
Que va á durar por incontables siglos,

Escoge, entre las gentes más oscuras,
Los obreros que, en tiempos sucesivos,
Continuarán su acción indefectible,
Extendiendo su reino incircunscrito.

El Jefe de ese imperio dilatado
Es El, que tiene del *Enviado* el signo,
Sus leyes son las leyes del Decálogo,
Sus vasallos los hombres convertidos :

Al principio lo forman pocos fieles
Que harán después un número crecido,
Y en su consumación será el conjunto
La muchedumbre inmensa de elegidos.

Ese reino comienza aquí en la tierra,
Donde crece sufriendo en el martirio,
Y usando de violencia llega al término,
Que es el cielo á los justos ofrecido.

Distinto de los reinos de este mundo
Que tienen en la tierra su objetivo,
El reino del espíritu levanta
Las miradas del alma á lo infinito,

E inspirando á los hombres el desprecio
De los goces que brinda el sensualismo,
Haciendo que el dolor los transfigure,
Del amor de Jesús los hace dignos.

Por encima del cieno de la tierra,
De los miasmas del mundo corrompido,
Está el soplo de Dios, que funda el reino
En que entrarán los seres desvalidos :

El reino celestial que Aquél ofrece
Al pobre, al humillado, á los pacíficos,
A los que amando siempre la justicia
Se ven por sus contrarios perseguidos .

En donde no entran nunca los soberbios
Que ven al débil con desdén altivo,
Ni los ricos que estando en la opulencia
Descuidan la miseria del mendigo,

Porque el que mira la desgracia ajena
Sin mostrarse, á lo menos, compasivo,
No obtendrá del Señor misericordia,
En el día tremendo de su juicio,

Para llevar á cabo la grande obra
Que va á dejar al mundo confundido,
El Mesías se vale de unos medios
Que el genio, en sus visiones, no ha entrevisto.

La ciencia que esclarece el pensamiento,
De su bondad el mágico atractivo,
Su poder que imperando la materia
La pone del espíritu al servicio,

De esos medios se vale solamente
Para ganarse el natural cariño
De las gentes que siempre le acompañan,
Aun cuando para orar busca el retiro.

Mas El no se contenta con afectos
Por la carne y la sangre sugeridos,
Que, pudiendo cambiar, están expuestos
Del vicio repugnante al corrosivo :

Quiere, sí, los afectos depurados
Del corazón humano en lo más íntimo,
Capaces de volverle la inocencia
Que perdiera en su estado primitivo :

Quiere hacerle, á pesar de su bajeza,
De la fe y del amor el dón gratuito,
Que engendra y que consume la esperanza,
Que las horas endulza del proscrito,

Para que, sin fijar más la mirada
En los abrojos de este erial maldito,
Contemple la grandeza de los cielos
En que se oculta el Dios desconocido,

Que al revelarse solamente exige,
En cambio de sus grandes beneficios,
Que le conozca el hombre, y que le ame,
Y le tribute adoración sumiso,

Por eso los doctores y los sabios,
Los sacerdotes del antiguo rito,
Los que en la sociedad más elevada
Ocupaban un puesto distinguido,

Llenos de desconfianza los discursos,
Del joven Maestro oían sorprendidos,
Cuando al pueblo enseñaba con parábolas,
Que siempre encierran un sentido místico,

Pues ellos esperaban un Mesías
En las alturas del poder nacido,
Que conquistando al mundo, por la fuerza,
Hiciera de su pueblo, de improviso,

El reino más glorioso de la tierra,
Respetado de todos y temido,
Y de Jerusalem, la Ciudad Santa,
El centro de su inmenso poderío.

Aspiración constante que halagaba
El orgullo del pueblo, aunque cautivo
Lamentara su suerte en Babilonia,
O en la arena abrasada del Egipto,

Y que en los días que nación extraña
Ejerciera en su patria cruel dominio,
Había confundido con la idea
Del más puro y ardiente patriotismo.

7

Aun los mismos Apóstoles, que en medio
De entusiastas patriotas han vivido,
Estuvieron sujetos á la influencia
De ese error tan común en los judíos.

Así se explica cómo ante Pilatos
Acusan á Jesús sus enemigos
De hacerse rey, y como rey de burla
Lo exponen de las masas al ludibrio,

Lo mismo que se explica la respuesta
Que da al Pretor, en términos concisos,
Cuando este le pregunta: “¿Eres tú Rey?”
Y Él contesta afirmando: “Tú lo has dicho”.

Desde entonces el reino del Mesías,
Que es todo espiritual, se ha establecido,
Y en su frente de espinas coronada
Su luz refleja de la gloria el nimbo;

Y reina por su amor sobre las almas
Lavadas con su sangre en el Bautismo,
Las que atestiguan, con su vida pura,
Que es eterno el reinado de su Cristo.





ROMANCE CUARTO

EL REINO DE LAS ALMAS.

Jesucristo, el humilde Nazareno,
Condenado á una muerte ignominiosa,
Enclavado en la cruz de los infames,
Atrae con su amor las almas todas ;

Y aun antes de entregar allí su espíritu,
En las manos del Padre, su corona
De punzantes espinas se convierte
En radiante y espléndida aureola ;

Y al dar por terminada su misión,
De su existencia en las postreras horas,
Cuando sufre el mayor de los dolores,
Porque su mismo Padre le abandona,

De establecer acaba, aquí en la tierra,
El reino de las almas candorosas,
Del cual están excluidos los felices
Que mundanales dichas ambicionan,

Porque sólo el dolor, que purifica
El corazón del que contrito llora,
Podrá servir de título legítimo
Para ser heredero de la *Gloria*.

No siendo su misión quitar el cetro
A los invictos Césares de Roma,
Que paseaban sus *Águilas* triunfantes
Por los confines de la tierra absorta,

El Redentor escoge sus discípulos
Entre la gente humilde y laboriosa,
Que, lejos de los centros de cultura,
Los rudimentos de la ciencia ignora,

Y, seguido de rústicos obreros,
Publicanos, mujeres pecadoras,
Y de los siervos que, según las leyes,
No merecen el rango de personas,

Enseña una moral que los filósofos,
En épocas cercanas ó remotas,
No habían enseñado á sus adeptos,
Lo mismo que la antigua Sinagoga :

Y quiere que, creyendo en su palabra
Que reprueba la vida voluptuosa,
En lo posible, imiten sus virtudes,
Que á los Doctores de la Ley asombran.

Como quiere también que los que escoge,
Negándose á sí mismos, sin demora
Se consagren á El, con toda el alma,
No sintiendo dejar todas las cosas :

Y aun todavía exige á los que han sido
Lavados con su sangre tan preciosa,
Que amándole le adoren, como el ángel
A Dios sumiso y reverente adora.

Hasta entonces los reyes y los sabios,
Y los héroes más grandes de la historia,
No habían pretendido que los hombres
De la Deidad les tributaran la honra:

Y si, después, un pueblo envilecido
Inventa la apoteosis vergonzosa,
Los mismos que en sus aras sacrifican,
Del dios que fingen adorar se mofan.

Sólo Jesús, que lleno de ternura,
Por redimir la humanidad se inmola,
Merece que le adore en sus altares
Cuando su nombre agradecida invoca.

Sólo El realiza lo que el mundo creía
El delirio de una alma soñadora,
Y da á los hombres que su fe profesan
Un solo corazón y una alma sola.

La humanidad, así regenerada,
De sus templos los ídolos arroja.
Y, colocando en su lugar la Cruz,
Ante la imagen de Jesús se postra,

Porque admirando la virtud que enseña
Y es de su vida la constante norma,
Hace una religión de esa enseñanza,
Que nueva luz le trae con sus dogmas.

Sublime Religión, que renovando
La antigua sociedad que se desploma,
De sus manchas la limpia, con el riego
De la sangre del mártir generosa,

Del mártir que, invocando el nombre santo
Del Dios crucificado, firme arrostra
El horrendo poder de los tiranos,
Ansioso de vestir *la blanca estola*

Al fundarla Jesús no sólo al hombre
Sino también la sociedad transforma,
Desde luego influyendo en las costumbres
Que habían creado leyes opresoras.

Y vuelve á la mujer desprestigiada,
Caída en la abyección más oprobiosa,
De la virtud el atractivo suave,
Que otra vez en su trono la coloca.

El, recordando su común origen
Al soberbio magnate y al ilota,
Hace que las cadenas del esclavo,
Con sólo el fuego, del amor se rompan,

Y que las razas, todas niveladas
Ante la Ley que la igualdad pregona,
A Dios reconociendo como padre
Su identidad de origen reconozcan:

Revelando á las almas la verdad,
Que oculta estaba en misteriosas sombras,
Les permite entrever las claridades
De un nuevo Sol que en el Oriente asoma,

Y munífico siempre, con su gracia,
La libertad deseada les otorga
A los que, renunciándose á sí mismos,
Siguen su ejemplo y sus consejos toman,

Porque quiere reinar sobre las almas
Que libremente su doctrina acojan,
Y, en verdad y en espíritu adorando,
Se unan á El, por el amor gustosas.

„El noble Iniciador de la verdad,
Para efectuar del mundo la reforma,
No escoge entre los grandes y los sabios
A los que van á continuar su obra,

Sino que los elige, de propósito,
Entre las gentes de importancia poca,
Entre unos pescadores galileos
Y publicanos de infamante nota,

Para dar una prueba incontestable
Al mundo, que en sus juicios se equivoca,
De que el imperio, que en la tierra funda,
Es obra de su idea redentora.

* *
*

Por eso al despedirse de los suyos,
Que van á ser del Reino los Apóstoles,
Jesús, les dice, en tono imperativo :
“ Id y enseñad á todas las Naciones ”.

Y ellos sintiendo el soplo del Espíritu,
Que los convierte en pescadores de hombres,

Abandonan el suelo de la patria
Y por su patria el mundo reconocen,

Porque luego comprenden la grandeza
De la misión que el cielo les impone,
De esclarecer la inteligencia humana
Y ganar para el bien los corazones.

A pesar de su humilde condición
Que ser no puede más oscura y pobre,
Confianza solamente en su palabra
La conquista del mundo se proponen,

Y huyendo de los odios de su pueblo
Y de las furias del sangriento Herodes,
Dejan Jerusalem y la Judea
Y predicán la fe por todo el orbe.

Y el orbe conmovido escucha atento
La voz de los humildes pescadores,
Que hace callar la voz de los oráculos
Y caer de su ara á los antiguos dioses.

Y los pueblos gentiles que adoraban
Convertidas en dioses sus pasiones,
Cayendo de rodillas ante el Cristo
Pronuncian con amor su dulce nombre.

Por toda la extensión del universo
Que los heraldos de Jesús recorren,

Multitudes de gentes se convierten,
Abjurando al instante sus errores,

Porque todos, sintiéndose animados
De un espíritu nuevo que hasta entonces
Desconocía el mundo, sólo anhelan
Ser del Dios del Calvario adoradores.

Y en los templos paganos, ya desiertos,
Ante el ara vacía, el sacerdote
En vano quiere renovar el fuego
Del sacrificio, en desaliento innoble,

Pues ya la nueva humanidad, ansiosa
De verdad y de bien, no reconoce
Otro Dios que Jesús crucificado
Y muerto por su amor, entre dolores.

Para fundar el Reino de las almas,
Que abarca dilatados horizontes,
Que comienza en la tierra y se consuma
Del cielo en los eternos esplendores.

(FIN DE LA SEGUNDA PARTE)



LOS EVANGELISTAS.



PARTE TERCERA



SAN LUCAS,

SIMBOLIZADO POR EL BECERRO.





TERCERA PARTE

ROMANCE PRIMERO

ESPÍRITU DE SAN LUCAS.

El hombre que formado de la tierra
Lleva de su Creador la semejanza,
Si por un lado á la materia toca,
Por otro hasta los cielos se levanta :

De materia y de espíritu compuesto,
De los seres creados en la escala,
Al mundo superior de los espíritus
El mundo material une y enlaza,

Y entre todos los seres que publican
Del Señor las perpetuas alabanzas,
De la creación Pontífice supremo
Los afectos le ofrenda de su alma :

De inteligencia y de razón dotado,
Conoce el universo que le encanta,
Haciendo que se eleve á lo invisible
Que se revela á su interior mirada,

Y siendo libre, para obrar el bien
Que sin coactar su voluntad le halaga,
Bendice al Hacedor de tantos Mundos,
Fervoroso elevando su plegaria.

Porque la religión, que es el comercio
Que hay entre Dios y la criatura humana,
Es sentimiento natural en ésta,
Que siempre tiende á su primera Causa.

Sin que deje de ser, bajo otro aspecto.
Una virtud al hombre necesaria
Para hacer eficaz ese comercio,
Que el horizonte de su vista ensancha,

La existencia del Sér Omnipotente,
Que la razón conoce, aunque menguada,
Con sólo contemplar las maravillas
Que son las obras de su diestra santa,

A la débil razón esclareciendo,
Con su alma idea que la luz irradia,
En axioma convierte esa verdad
Que la conciencia universal proclama.

Pero Aquél, que conoce la miseria
En que ha caído la criatura ingrata,
No se contenta con haberle enviado
Sólo un reflejo de la luz increada,

Sino que quiere, en su infinito amor,
Con sus fulgores puros inundarla,
Haciendo que inspirados los Profetas
Anuncien en la tierra su palabra,

Para que recordando las bondades
Que con pasmosa profusión derrama,
Sin vacilar, espere el cumplimiento
De las promesas de su eterna Alianza :

Y llamando á un pastor de la Caldea
Para que habite lejos de su patria,
En premio á sus virtudes, le promete
Que hará crecer y aumentará su raza,

Como del firmamento las estrellas,
Como la arena de marina playa,
Y que en ella serán todas las gentes
Benditas por su diestra soberana.

Y en breve los dichosos descendientes
Del primero de todos los Patriarcas,
A pesar de la dura servidumbre
Que un tiempo en el Egipto soportaran.

Se constituyen en nación, que sale
Por fin triunfante de opresión extraña,
Que al cruzar el Desierto, en el Sinai,
De Dios recibe de su Ley las Tablas ;

Y al conquistar la Tierra prometida
Que leche y miel por donde quiera mana,
Tras los velos del santo Tabernáculo
Conserva siempre de la Alianza el Arca,

Que coloca después en el Santuario
Que el Rey-pacífico al Señor consagra,
Para que su Nación, agradecida,
La ofrenda de su amor le tributara.

Y cuando el sacrificio y la oblación
De ese pueblo carnal le desagrada,
De su amor por el hombre en el exceso
Dios á su Hijo desde el cielo manda,

Para que de la carne revestido
Se presente como hostia voluntaria
Consumando el tremendo Sacrificio
Que los enojos del Eterno calma,

Y Jesús, que es la Víctima expiatoria
Que á la perdida humanidad rescata,
Es á la vez el Sumo Sacerdote
De la Ley Nueva, de la Ley de Gracia:

Bajo este aspecto lo presenta Lucas
Cuando la historia de su vida narra,
Conforme á la constante tradición
Y obedeciendo inspiración sagrada.

Después de los testigos presenciales
Que de los hechos la verdad declaran,
Viene el testigo auricular que aumenta
La certidumbre de esa historia rara,

Satisfaciendo así las exigencias
De la Iglesia naciente que reclama
Un cuadro más completo y acabado
De la vida del Cristo sacrosanta:

Convertido á la fe que oye de Pablo,
Que su obra en sus Epístolas alaba,
Llega á Jerusalem, donde de Pedro
Y otros testigos la verdad recaba.

Allí, Lucas entrando en relaciones
Con la familia de Jesús, que estaba
Al corriente de todos los sucesos
Que había divulgado ya la fama,

Tiene la dicha incomparable y suma
De tratar á la Madre Inmaculada,
Que en lo interior del corazón amante
Las más dulces memorias conservaba.

Allí, Lucas escucha de María
La relación de la bendita infancia
Del Niño-Dios que, para bien del mundo,
Concibió en sus purísimas entrañas :

Dando principio en el feliz instante
En que oyendo del Angel la embajada,
Llena de turbación y de fe viva,
La humilde esclava del Señor se llama,

Le refiere las místicas escenas
Que en el hogar de Nazaret pasaran,
En los años felices que allí oculta
Vivió tranquila la Familia Sacra :

Le refiere su viaje apresurado
De Judea á las ásperas montañas,
Cuando fue á saludar amable y tierna
De Zacarías á la esposa anciana,

Que, llena del espíritu profético,
Su dignidad conoce al saludarla,
Extrañando el honor que le dispensa
La Madre del Señor, yendo á su casa,

Y cómo Ella, á su vez, reconociendo
La bondad de su Dios, regocijada,
Le engrandece en su espíritu humillado,
Porque vio la bajeza de su esclava :

Y le recita el cántico magnífico
Que en aquellos momentos entonara,
Cuyos ecos simpáticos repite
La humanidad entera, entusiasmada:

Le refiere también las maravillas
Que contempló en Belén, como extasiada,
La humilde adoración de los Pastores
Y de los Magos las ofrendas gratas,

Y la huída al Egipto, y el regreso
Después de ausencia trabajosa y larga,
La pérdida del Niño, que en el Templo
Con los Doctores disputando halla,

Y algunos de los hechos que de intento
Mateo y Marcos en sus Libros callan,
Y que Lucas consigna en su Évangelio,
Porque han cambiado ya la circunstancias.

Aquéllos escribieron sus recuerdos
Para el judío que su creencia abraza,
Y éste, las tradiciones recogiendo,
De convertir á los gentiles trata.

Sin ser doctos aquéllos se limitan
A referir los hechos como pasan,
Queriendo demostrar al pueblo hebreo
Que en Jesús se realiza su esperanza ;

Mientras que éste, en las aulas educado,
Que presencia la lucha que se entabla
Entre el judío que á Moisés invoca
Y el convertido que á Jesús aclama,

Al redactar su narración histórica
Un horizonte más extenso abarca,
Y como el Cristo universal lo ofrece
Del mundo á las atónitas miradas.

La antigüedad, por eso, en su costumbre
De dar á sus ideas formas plásticas,
Si da al Evangelista del poder
El emblema del León, de fuerte garra,

Da á Lucas, el tercer Evangelista,
Que de bondad y de perdón nos habla,
El símbolo del Toro, que es la víctima
Del sacrificio en las sangrientas aras.

— • • • —



ROMANCE SEGUNDO

EL SACRIFICIO.

*No es el temor servil el que dio al mundo
La idea de los dioses al principio,
Como fingen creer los que aseguran
Que el universo se formó á sí mismo,*

Pues la Historia imparcial, que menosprecia
De la ciencia extraviada el desvarío,
Demuestra que los hombres y los pueblos
De Dios mismo su idea han recibido.

Para inventar ese ideal sublime,
Esa verdad primaria, era preciso
Que el pensamiento humano limitado
Pudiera contener el infinito.

Sólo el que ha creado la razón del hombre
Pudo hacerle un presente tan magnífico,
Que al recordarle su elevado origen
También presagia su inmortal destino.

Y si bien es verdad que, en todos tiempos,
La humanidad entera se ha creído
Bajo la mano de un poder airado,
Que pretende aplacar con sacrificios,

Esto prueba, á lo más, que conociéndose
Culpable de sus faltas y delitos,
Los quiere expiar con la efusión de sangre
Y atraerse los celestes beneficios.

Y esa firme creencia de que el hombre,
De su grandeza original caído,
Sacrificando *la inocencia* puede
Al irritado cielo hacer propicio,

Es una creencia antigua, como el mundo,
Pues data de los tiempos primitivos,
Perpetuándose en todas las edades,
Aunque no siempre con los mismos ritos.

La verdad que esa creencia constituye
No nace de un principio tan mezquino,
Como el que quieren darle los filósofos
Que vivieron en pleno paganismo.

Pues siendo derivada de la idea
De la justicia y del amor divinos,
Sin hacer grande esfuerzo, se comprende
Que, como aquélla, revelada ha sido.

Las falsas religiones, que conservan
Algo de la verdad, que en sus delirios
La inteligencia humana ha desvirtuado,
De esa revelación son los vestigios:

Revelación que guarda en su pureza,
En el largo trascurso de los siglos,
La verdadera Religión, que siempre
Hostias sin mancha y puras ha ofrecido.

Por eso las Sagradas Escrituras,
En el primero de sus santos Libros,
Refieren el presente que gustoso
Ofreció Abel, con ánimo sencillo,

De la parte mejor de su rebaño,
Mostrándose al Señor agradecido,
Quien sin mirar la ofrenda de Caín
La de su hermano recibió benigno:

Lo mismo que fue Enós el que primero
El nombre del Señor ha bendecido
Públicamente, estableciendo el culto
Que hace al mortal de sus favores digno;

Y cómo Noé, salvado del Diluvio,
Edificó un altar, y agradecido
Al Señor presentó sus holocaustos,
Por lo que al punto su piedad bendijo.

También refieren que el patriarca Abraham
Cuando á Siquem llegara peregrino,
Lo mismo que en Bethel, levantó altares
Donde Dios se le había aparecido,

Y que, obediente siempre á sus mandatos,
Iba á sacrificar su propio hijo:
Obediencia que fue reócompensada
Con las grandes promesas que le hizo :

Y que Melquisedec, Rey de Salem
Y á la vez Sacerdote del Altísimo,
Bendiciéndole, en nombre del Excelso,
Ofreció en sacrificio pan y vino:

Sacrificios diversos que figuran
El real y verdadero Sacrificio,
Que de la Cruz, en el altar sangriento,
Consumará, por nuestro amor, el Cristo.

En un principio, el padre de familias,
Al invocar el soberano auxilio
Bajo las pieles de su móvil tienda,
Inmolaba los seres escogidos.

Y cuando las familias congregadas
En tribu se convierten, en los sitios
Más elevados ofrecía víctimas
El que ejercía el superior dominio.

Mas, cuando en el trascurso de los tiempos,
Las naciones, al fin, se han constituído,
Conservando la idea religiosa
Del culto destinaron al servicio

A los que por su ciencia ó sus virtudes
Entre todos se habían distinguido,
Los que, siendo del pueblo separados,
Se llamaban del cielo los ministros.

Así acontece á la Nación hebrea,
Que, libre ya del yugo del Egipto,
Fabrica en el Desierto el Tabernáculo
Para guardar el Arca en su recinto,

Conforme á las divinas instrucciones
Que recibiera su inmortal Caudillo,
Que las leyes rituales establece
En el sagrado Libro del Levítico.

Aquél de Aarón escoge la familia
Del Sacerdocio para el santo oficio,
Destinando la Tribu de Leví
Para guardar el Arca de contino:

Ocupación que nunca ha descuidado
Del Desierto en el áspero camino,
Y al trasladarla de un lugar á otro,
Como lo hiciera en la ciudad de Silos,

Cuando, en tiempo de Helí, fue necesario
Combatir á los pueblos filistinos,
Que, de ella apoderándose, triunfaron,
Recibiendo después duro castigo.

Y esa familia y esa tribu santas,
De Sion la condujeron al asilo
Que, lleno de piadosos sentimientos,
Le preparó, David con regocijo,

Como después, en el suntuoso Templo.
Que á Jehová consagrara el Rey-pacífico,
Custodiaron el Arca misteriosa,
Ofreciendo holocaustos repetidos,

Hasta que, al fin, llegó la plenitud
De los tiempos, que el mundo ha apetecido.
En que el Mesías realizar debía
Del pueblo de Israel los vaticinios.

Viendo á Jesús, entonces, el Bautista,
Que del cielo recibe cierto indicio,
“El Cordero de Dios que salva al mundo
“Ved que allí viene”, exclama de improviso,

Para dar á entender que la misión
Que al suelo trae el celestial *Ungido*
Es inmolarse, víctima expiatoria,
En aras del amor más puro y fino :

Concepto que El confirma cuando anuncia
Su pasión y su muerte á sus amigos,
Las que llama, en sentido figurado,
Su cáliz esperado y su bautismo :

Y cuando llega la hora prefijada
De la eterna Justicia en los designios,
El negro cáliz del dolor apura
En el triste jardín de los Olivos,

Do con el riego de su propia sangre,
Que brotar hace su penar prolijo,
El bautismo comienza á recibir
Que El descó tantas veces con ahinco,

El que, por fin, debía consumarse,
Como ya de antemano estaba escrito,
En medio del oprobio y las blasfemias,
Del Gólgota funesto en el suplicio.

El Cordero de Dios que allí se inmola
A la divina voluntad sumiso,
Para atraer á Sí la humanidad
Caída de la culpa en el abismo;

Y en tanto que un soldado le presenta
Hiel y vinagre, para darle alivio,
Él á su Padre en su plegaria pide
El perdón de sus crueles enemigos.

Y cuando, conmoviendo el universo,
Jesús exhala el postrimer suspiro,
Rásgase el velo del sagrado Templo
Y huyen del mundo los antiguos mitos.

Quedando sin ofrendas los altares
De las falsas deidades del Olimpo,
Pues la Víctima pura del Calvario
Para salvar al hombre se ha ofrecido.



ROMANCE TERCERO

JESÚS, SACERDOTE ETERNO.

Jesucristo muriendo por el hombre
Que había en el Edén prevaricado,
Es Sacerdote y Víctima, á la vez,
Del Sacrificio cruento del Calvario,

El que basta á llenar diversos fines
Que reclamaban sacrificios varios;
Reconocer de Dios la autoridad;
Implorar los auxilios de su amparo;

Agradecer los grandes beneficios
Que los hombres reciben de su mano,
Y dar satisfacción á su justicia
Que hace temblar al pecador ingrato:

Sacrificio de un mérito infinito
Que el amor de Jesús ha perpetuado,
Instituyendo el Sacramento augusto
Que en el altar veneran los cristianos,

Porque ven con los ojos del espíritu
Al que se oculta tras los velos sacros,
Para ofrecerles de su vida mística
El dón que no conocen los profanos.

Las funciones que ejerce el Sacerdote,
La caridad que debe al desgraciado
Y su elección divina son tres cosas
Que le colocan en lugar muy alto:

Como á Moisés, del cual es la figura,
La cumbre sube de un Sinai más santo,
De donde ve los cielos entreabiertos,
Que sobre él mandan de su luz los rayos.

Y desciende, después que la belleza
De la divina Esencia ha contemplado,
Para comunicar el dón precioso
Que hace del justo el indecible encanto:

Mediador entre el Sér Omnipotente
Y el mundo miserable y desgraciado,
Es el hombre de Dios por excelencia,
Como es el hombre del linaje humano,

Porque siendo entre todos escogido
Para sacrificar por los pecados,
Se consume en el fuego del amor
Que hace del universo un holocausto.

Tal es el Sacerdote: y Jesucristo
Ese ideal en la tierra realizando,
Excede á los que fueron sus figuras
Y es de sus sucesores el dechado,

Pues habiendo nacido de una virgen
Que El mismo de la mancha ha preservado,
Es hombre puro, menos en la culpa,
En todo semejante á sus hermanos;

Por lo que, conociendo su miseria
Que le hace derramar copioso llanto,
Lleno de ardiente caridad se inmoló
Para poder con Dios reconciliarlos:

El es el buen Pastor, que da la vida
Por salvar la ovejas del rebaño,
Que defiende del lobo carnívoros,
Dándoles siempre saludables pastos;

Y si en el colmo de su amarga pena
Sufre tristezas hondas y desmayos,
Es para dar ejemplo de constancia
A los que en pos caminan de sus pasos.

Jesús es sólo el Sacerdote eterno
Que, antes del orto del *Lucero claro*,
Fue de Melquisedec según el orden,
Para bien de las almas, consagrado:

Sacerdote que ofrécese como Hostia,
Como un cordero inmaculado y manso,
Haciendo el sacrificio de su vida,
Bajo todos conceptos necesario:

Hostia por el pecado, reconcilia
A la tierra y al cielo, antes contrarios,
Y sella con su sangre preciosísima
De una perpetua alianza el nuevo pacto,

Y como *Hostia pacífica*, la gracia
Que con su inmolación nos ha alcanzado,
Conserva tras los velos eucarísticos,
Por nuestro amor viviendo solitario;

Y como aquí en el suelo no termina
El destino del hombre rescatado,
Se ofrece en *Holocausto* y le abre el cielo,
Que es de la vida eterna el oceano.

* * *

El Cristo no termina su misión
En la cumbre del Gólgota sangriento,
Sino que perpetuándola en los siglos
Ejerce siempre un Sacerdocio eterno:

Con ese fin, poco antes de morir,
Llevando su ternura hasta el exceso,
Quiere dejar al mundo una memoria
De esa ternura y de su amor inmenso;

Y una tarde, saliendo de Betania,
Llega á Jerusalem, donde con tiempo
Había despachado á unos discípulos
A preparar la *Pascua del Cordero*,

Y, ocupando el lugar de preferencia,
Dice á los Doce, con sentido acento:
“De comer con vosotros esta Pascua
He tenido un grandísimo deseo”:

“Porque os digo, que de ella y de esta vid
No gustaré ya más, sigue diciendo,
Al pasarles el cáliz del festín,
Hasta que llegue de mi Padre el reino”;

Y el pan tomando, en sus sagradas manos,
Lo parte y se lo da luego añadiendo:
“Este es mi cuerpo dado por vosotros,
Acordaos de mí cuando hagáis esto”:

El cáliz así mismo les presenta,
Después de haber cenado, y dice tierno :
“ Éste es el Cáliz de mi propia sangre,
De mi nuevo y eterno Testamento ”.

Palabras admirables que, tomadas
En su sentido natural y recto,
Para la humana inteligencia encierran
Incomprensible arcano, hondo misterio,

Porque el pan que Jesús da á sus Apóstoles,
Dejando de ser pan, se hace su cuerpo,
Y el vino que en el cáliz les ofrece
En su sangre se cambia en el momento.

Ellos, sin vacilar, lo creen así,
Confiando en las palabras de su Maestro,
Del que conocen el poder sin límites
Al que ciego obedece el universo :

Y al recibir el cuerpo con la sangre
Que ocultan las especies con sus velos,
Los vínculos rompiendo de la carne,
Únense á El, con lazos más estrechos,

O mejor dicho, viven de su vida
Que anonada la de ellos por completo,
Pues los que participan de esa Mesa
Permanecen en Dios y Dios en ellos.

En ese instante el Redentor divino
De su grande obra afirma los cimientos,
La Religión fundando del espíritu
Y estableciendo un Sacerdocio nuevo :

Diciendo á los discípulos presentes:
“ Cuando hagáis esto en mi memoria hacedlo”,
En hostia voluntaria se convierte
Para que ofrezcan Sacrificio incruento.

Y cada vez que el nuevo Sacerdote
Pronuncia esas palabras, con respeto,
El pan y el vino pierden su sustancia
Y el Cordero de Dios baja del cielo,

Para estar con los hijos de los hombres
Que forman en la tierra su contento,
Uniéndose á las almas elegidas
Por la fe y el amor puro y sincero.

Y de Sion, la magnífica, el Cenáculo
Se multiplica por el mundo entero,
Que, asombrando á judíos y gentiles,
De los cristianos se convierte en templo.

Y á todas horas, y por todas partes,
Se ofrece el Sacrificio verdadero,
Que sustituye las antiguas víctimas,
Que no eran ya agradables al Excelso.

No contento Jesús con que su idea
Se eternice del hombre en el recuerdo,
Se queda real y verdaderamente
Oculto en el augusto Sacramento,

Que llenando de luz la inteligencia
Purifica y eleva el sentimiento
De los que, con amor y fe sincera,
Unirse quieren al divino Verbo.



ROMANCE CUARTO

EL SACERDOTE.

Para vencer el mal era preciso
Satisfacer á la Justicia eterna,
Y el hombre, que la había provocado,
Era incapaz de hacerlo en su miseria;

Por eso el Hombre-Dios se sacrifica
Por el culpable haciéndose anatema,
Y consigue de nuevo que la gracia,
Como lluvia benéfica, descienda.

Mas ¿cómo se unirán en la expiación
Los que fueron causantes de la ofensa,
Y podrán alcanzar los beneficios
Que les promete la oblación sangrienta?

Incorporarse deben á la víctima
Que voluntaria por su amor se entrega,
Realizando su unión por el espíritu
Y uniéndose también por la materia,

Para que el hombre ya purificado,
Con su contacto, levantarse pueda
Del abismo profundo de la culpa,
Y que, á su vez, en oblación se ofrezca.

Èse es del Cristo el principal designio,
Cuando, en la misma noche de la *Cena*,
Instituye la santa Eucaristía,
En que el recuerdo de su amor nos deja,

Pues como sabe que entre breve tiempo
Terminará su terrenal carrera,
Para estar con el hombre en *comuniòn*
Sacramentado en el altar se queda;

Y, para hacer perpetuo ese prodigio,
A los fieles discípulos delega
El poder admirable de ofrecer
El Sacrificio de la Alianza nueva.

Aboliendo Jesús el culto antiguo
Un puro y santo Sacerdocio crea,
Que, continuando su misión benéfica,
Del Cordero de Dios hace la ofrenda:

Ministerio sublime que transforma
Al que lo ejerce con piedad sincera,
Pues, á pesar de la flaqueza humana,
La persona de Cristo representa.

Si el Sacerdote absuelve al pecador
Que arrepentido su maldad confiesa,
Es Jesucristo el que obra por su medio
Y el que bendice al levantar la diestra,

Y cuando al pie del Ara conmemora
De la pasión de Cristo las escenas,
Pronuncia en nombre de Éste las palabras
Que el Sacrificio del amor renuevan;

Y cuando ejerce sus funciones místicas,
El su energía y su virtud le presta,
Comunicando al corazón humano
Su caridad y su ternura inmensas.

Aunque ha sido escogido entre los hombres,
Flacos y miserables por herencia,
El Sacerdote humilde, y sin fortuna,
Sin honores mundanos, ni grandezas,

Hace que ante él la humanidad se incline,
Oyendo siempre su palabra, atenta:
Su palabra que es luz esplendorosa
Que le señala del deber la senda.

Para que sean dignos sus enviados,
Jesús al cielo su plegaria eleva,
A solas les explica su doctrina,
Y les da ejemplo de virtud austera,

Y les ofrece que vendrá sobre ellos
Su Espíritu Creador, que de la tierra
Renovará la faz entristecida,
Inundando de luz las almas buenas;

Y cuando ya triunfante de la muerte
Va á remontarse á la celeste esfera,
Que, en el nombre de Dios tres veces santo,
Enseñen á las gentes les ordena.

Y ellos henchidos del divino Espíritu,
Que descende de fuego como en lenguas,
Abandonan la infiel Jerusalem
Lo mismo que la incrédula Judea,

Para llevar al mundo el Evangelio
Que el pueblo de Israel, necio, desprecia,
Y cuyo solo anuncio, en poco tiempo,
La sociedad antigua regenera.

La conquista del mundo se proponen
Los obreros del mar de Galilea,
Sin prestigio ninguno, sin recursos,
Pescadores oscuros y sin ciencia;

Y á pesar de que el mundo en un principio
Los mira con desdén, en su soberbia,
Ellos se hacen oír, y su palabra
Que una moral desconocida enseña,

Llegando hasta el palacio de los reyes
Y al tugurio que habita la indigencia,
Convence de ignorancia á los filósofos
Y á los humildes la verdad revela.

Cunde por todas partes el anuncio
De que el reino de Dios está ya cerca,
Lo que hace que, en su trípode sagrada,
La Pitonisa délfica enmudezca,

Lo mismo que la voz de las Sibilas
Que fingen de sus dioses las respuestas,
Haciendo creer al vulgo de las gentes
Que su mirada el porvenir penetra.

Y Roma victoriosa con sus Césares
Y con sus sabios la ilustrada Atenas
Aprenden de esos rudos pescadores,
De la vida la ciencia verdadera,

Porque ellos acompañan sus discursos,
Que ofuscan del tribuno la elocuencia,
Con el constante ejemplo de virtudes
Que las costumbres lúbricas condena;

Y la fe que predicán incansables,
Aun estando cargados de cadenas,
Comprueban con milagros repetidos,
Que obran en nombre de Jesús, doquiera;

Y para dar un nuevo testimonio
De la verdad que su doctrina encierra,
Reciben el martirio, y con su sangre
De la santa creencia el árbol riegan.

Y esa sangre, semilla de cristianos,
Como la llama un Padre de la Iglesia,
Hace brotar legiones de Ministros
Que al cielo ofrecen la oblación perpetua.

Estos, que el Sacerdocio y la misión
De los fieles discípulos heredan,
Luchan contra el Poder y la Herejía,
De la fe conservando la pureza;

Y de lejos concurren presurosos
Salvando las distancias con presteza,
Cuando de Cristo el principal Vicario
Les convoca á formar las Asambleas,

En que asistidos del divino Espíritu
Las Sacras Escrituras interpretan,
Como en Jerusalem primeramente,
Y, después de tres siglos, en Nicea.

Los Sacerdotes son los que, estudiando
En el retiro las sagradas Letras,
Civilizan al mundo, y son los Monjes
Los que salvan la ciencia en la Edad Media.

Los Sacerdotes son los que, formando
Las Ordenes monásticas, consuelan,
En todos tiempos y por todas partes,
De la quejosa humanidad las penas:

Ellos son los que llevan del progreso,
Por todo el orbe, la triunfante enseña,
En Asia como en África y Europa
Y en las inmensas pampas de la América;

Y aunque el mundo les odia y les persigue,
Sin desmayar sostienen cruda guerra,
La sencillez de la paloma uniendo
De la sagaz serpiente á la prudencia,

Porque saben que siempre se realizan
Del Redentor divino las promesas,
Que el triunfo de los buenos asegura
Y de los malos la derrota cierta.

Sal de la tierra estéril y maldita,
Y luz del mundo, envuelto en las tinieblas,
El Sacerdote eleva, en el Santuario,
Por sus hermanos su plegaria tierna,

É imitando á Jesús, que es su modelo,
Sin esperar mundana recompensa,
Haciendo el bien sobre la tierra pasa,
Y es mártir y es apóstol y es profeta !

FIN DE LA TERCERA PARTE.



LOS EVANGELISTAS.



PARTE CUARTA



SAN JUAN,

SIMBOLIZADO POR EL AGUILA.





CUARTA PARTE

SILVA PRIMERA

PREFACIO DE SAN JUAN

En el principio el Verbo soberano,
Origen perennal de la existencia,
Con Dios estaba, en insondable arcano,
Unido siempre á la divina Esencia.
Fueron hechas por El todas las cosas,
Sin El no se hizo nada,
Y estando en El la vida,
En medio de tinieblas pavorosas,
Era la luz deseada
De la doliente humanidad caída :
Mas no fue por aquéllas comprendida,
A pesar que hubo un hombre

Que de Dios siendo enviado,
Para dar testimonio de su lumbre,
De Juan tenía el nombre,
Quien á la luz su testimonio ha dado,
Para infundir á todos certidumbre.
El Verbo increado era
Esa luz verdadera,
Que á todo hombre ilumina
Cuando al mundo ha venido,
Y aunque estaba en el mundo, que Él ha creado,
Con el acento de su voz divina,
El mundo á su Creador no ha conocido,
Como también, al verle anonadado,
Recibirle los suyos no han querido.
Mas á cuantos, al fin, le recibieron
De ser hijos de Dios les dio la gracia
Y el poder asombroso,
Los cuales de la sangrè no han nacido,
Ni de la humana voluntad rehacia,
Pues de Dios han tenido
De un nuevo sér el germen portentoso.
Y el Verbo carne se hizo,
Para hacer nuestra vida meritoria,
Y habitó entre nosotros, que el hechizo
Hemos visto, en el mundo, de su gloria.

En arrebató místico, extasiado,
Escribe así la página primera

De su Libro admirable
El Discípulo amado,
Que, al comenzar del Cristianismo la éra,
Cumpliendo fiel su singular destino,
De su Maestro adorable
Revela al mundo el génesis divino.

El Dios Omnipotente que Isaías
Religioso ha invocado
Al anunciar á Israel sus profecías,
Y que jamás ha visto
Ningún hombre, según lo ha declarado
Del Padre el Unigénito, su Cristo,
Es el mismo que al mundo, rescatado
Del poder del demonio,
El Apóstol San Juan ha revelado,
Dando de sus visiones testimonio :
Es el Dios de las Santas Escrituras,
Que, engendrando su Verbo eternamente
Del Empíreo en los claros esplendores,
Al ver á su criatura
Caída en la desgracia derrepente,
Condenada á sufrir crueles dolores,
Bondadoso consiente
Que carne tome en el virgíneo seno
De candorosa y púdica Doncella,
Para que hecho hombre, á la desgracia ajeno,
Borre del mal la destructora huella.

El Dios que, conociéndose á Sí mismo,
En su belleza increada se recrea,
De su propia sustancia,
De la gloria escondida en el abismo,
Su Verbo engendra, en eternal Idea,
Que, por amor salvando la distancia
Que le separa de su ingrata hechura,
Del traje de la carne se reviste
Para vivir su vida de amargura,
Sintiendo el alma, hasta la muerte triste ;
Y dándonos á su Hijo,
Que viene á obrar la redención del mundo,
Nos da una muestra de su amor prolijo,
Un testimonio de su amor profundo.

Así como en el hombre se realiza
El prodigio de todos conocido,
De estar unida el alma á la materia,
Que la ciencia, por más que sutiliza,
Jamás ha conseguido
Explicar, conociendo su miseria,
El Espíritu increado,
Espíritu creador por excelencia,
De la criatura humana se apodera,
Cuando el Verbo encarnado,
Del mortal conociendo la indigencia,
Viene á la tierra, desde la alta esfera,
Para calmar del Padre los enojos,

Y vive con los hombres sus hermanos,
Los que le han visto con sus propios ojos
Y le han palpado con sus propias manos.

Jamás ningún Vidente había osado
Del espíritu humano alzar los vuelos
A tan inmensa altura,
Ninguno, como Juan, ha contemplado,
En el fondo secreto de los cielos,
De la divina Esencia la luz pura,
Porque nadie como él ha reclinado
La inmaculada frente
De Jesús en el seno tan amante,
En el que entonces descubrió, arrobado,
El misterio latente
Que alumbra al mundo con su luz radiante.
Cual águila caudal, reina del viento,
Que á las regiones siderales sube,
Rasgando, en su ardimiento,
El seno proceloso de la nube
Que impide que su vista
Del astro rey se goce en los fulgores,
Así el Evangelista,
Águila del humano pensamiento,
Traspasando del cielo los umbrales,
Del Sol de la Verdad los resplandores
Entreve, para bien de los mortales.

Sólo al hijo del Trueno,
Predestinado á referir la historia
Del deseado Mesías,
Estaba reservado hacer notoria
La Deidad de que siempre estuvo lleno,
En el transcurso de sus breves días,
Pues los otros Cronistas
De los hechos del Maestro sorprendentes,
Sin que su santa inspiración se agote,
Verdaderos artistas,
Le miran bajo aspectos diferentes,
Como *Hombre*, como *Rey* y *Sacerdote*.
Sólo al Apóstol joven y entusiasta
Estaba reservado el magisterio
De una nueva y sublime Teología,
Que alumbra, con las luces del misterio,
El campo inmenso de la ciencia vasta
Que de Grecia recibe Alejandría ;
Y, depurando el vago tecnicismo
De esa ciencia confusa,
Que es de errores antiguos un acervo,
Triunfa del exaltado platonismo,
Que celebrara la pagana musa,
Cuando él se inspira en el divino Verbo.

Esta nueva expresión, que no han usado
Los sabios de los tiempos anteriores.
Del *Logos* de Platón se diferencia,

Y recuerda más bien la que han empleado
Los Profetas, del Cristo precursores,
Al referirse á la infinita Ciencia :
Ella expresa, mejor que otra cualquiera,
El misterioso origen del que existe,
En el seno del Padre, eternamente,
Y que, viniendo al mundo que El hiciera,
Aunque el mundo á su gracia se resiste,
Del hombre alumbra la inclinada frente,
A fin de que mirando la bajeza
De la vida presente,
Que arrastra de la tierra por el cieno,
Comprenda la grandeza
Del ideal que le ofrece claramente
Para cambiar su corazón terreno.

Sabiendo que la humana inteligencia,
De la carne rebelde tributaria,
Se representa objetos materiales,
El Apóstol, venciendo su renuencia,
La eleva á la región do la plegaria
Se escucha de los coros celestiales,
Donde Dios, que es espíritu, conoce
Su Verdad, su Bondad y su Belleza
Y en las fruiciones de un perpetuo goce
Eternamente su Existencia empieza,
En ese acto purísimo engendrando
Al que en gloria á los Angeles excede,

Y de quien la hermosura contemplando
El infinito Amor de ambos procede.

Y si hallar una imagen es preciso,
Aunque sea no más que aproximada,
De esa idea sublime y elevada,
Desde luégo la hallamos, de improviso,
En nuestro sér mezquino realizada,
Pues nace nuestro propio pensamiento
Sin tocar con la carne degradada,
Del amor despertando el sentimiento
Que da á nuestra alma la quietud deseada.

Pensar y concebir sustancialmente
Es en el Sér Supremo sólo un acto,
Y el Pensamiento eterno de su Mente,
Que de la humanidad está en contacto —
Si es lícito expresarse de este modo —
Es su Hijo, su Palabra resonante
Que expresa cuanto El es, y que el gran todo
Del universo ha creado, en un instante :
Palabra sustancial que tiene un nombre
Que ningún otro iguala en lo sublime,
El de Verbo de Dios, que haciéndose hombre,
A la culpable humanidad redime.



SILVA SEGUNDA

INCORPORACIÓN DEL VERBO DIVINO CON LA
HUMANIDAD.

La Palabra de Dios, que de la nada
Sacó el cielo y la tierra,
Conserva y rige su obra ya acabada
Que lo visible y lo invisible encierra;
Porque dispone del poder inmenso
De la divina Esencia,
Que de lo creado en el dominio extenso
Hace sentir su bienhechora influencia :
Mucho antes de los siglos siendo creada
El Señor desde entonces la poseía,
De su misma sustancia fue engendrada

En los fulgores de su eterno día ;
Y cuando El, con los dedos de su mano,
Los cielos extendía
Para esconder su majestad propicia,
Cuando límites daba al oceano
Y de la tierra el fundamento abría,
Con él estaba, haciendo su delicia.

Esa Palabra eterna é infinita,
Que ha creado de los cielos
Y la tierra las grandes maravillas,
Si la insondable eternidad habita,
Ante el ángel y el hombre alza sus velos,
Haciendo que le adoren de rodillas,
Pues les ha dado clara inteligencia
Y del amor la facultad sublime,
Como gracia sólo á ellos concedida,
Para que, conociendo su existencia,
Vean en Ella al Verbo que redime,
Al que es la fuente de la eterna vida.

Cuando el Señor su imagen peregrina
En el alma del hombre grabar quiso,
Inundando de luz su pensamiento,
Aunque preveía la horrorosa ruina
Que le haría salir del Paraíso,
No desistió de su amoroso intento,
Y á todas las naciones ilumina

Esa luz bienhechora
Que en tinieblas oscuras resplandece,
Descuidada del mundo, en mala hora,
Por más que á Israel la redención le ofrece ;
Y á pesar de que el hombre en su caída
Perdióse del error en la penumbra,
Lleva siempre en su mente oscurecida
De esa luz un destello que le alumbra,
Cuando audaz se remonta al firmamento
Para seguir las huellas
Del astro rey que claridad derrama,
Regulando el perpetuo movimiento
De innúmeras estrellas
Que deleitan la vista con su llama,
Lo mismo que cuando entra en el santuario
De su propia conciencia,
De conocer ansioso su destino,
Acaso ambicionando, temerario,
Aclarar con las luces de su ciencia
El arcano que esconde al Sér Divino.

Y aunque á tanto no alcance su miseria
Consigue, contemplando lo finito
Que el universo ofrece á su mirada
Los lindes traspasar de la materia,
Entreviendo á lo lejos lo infinito,
Que es del Sér Sumo la eternal morada ;
Y es capaz de elevarse á más altura

Si, oyendo las sublimes enseñanzas
Que divulgan las santas profecías,
Abriga la fe pura
Que despierta las dulces esperanzas
De la cierta venida del Mesías,
De que el pueblo escogido ha conservado
La tradición constante,
Que al recordarle su feliz pasado
Le augura siempre porvenir brillante.

Ese pueblo admirable, destinado
A preparar del Cristo la venida,
En el curso de un tiempo dilatado
De su misión grandiosa no se olvida,
Pues recordando siempre la memoria
De las promesas que el Señor le hiciera
Las perpetúa al escribir su Historia,
Que es de todos los pueblos la primera;
Y al compás de las arpas bendecidas
De sus poetas sagrados,
Se complace en oírlas repetidas,
El eco despertando en los collados
De la tierra dichosa que en herencia
Fue dada á sus mayores,
En premio de su fe sincera y pía,
Y que el Hijo de Dios con su presencia
Santificar debía,
Derramando sobre ella sus favores.

Y cuando de los tiempos se aproxima
La plenitud deseada
Por el pueblo escogido y las naciones,
El Santo Precursor al mundo intima,
Con voz autorizada,
Que se cumplen, al fin, las predicciones,
Y la plebe le presta oído atento,
Teniéndole por sér extraordinario,
Por el mayor de todos los Videntes,
Porque sabe cuál fue su nacimiento
Y le ve en el desierto, solitario,
Atraerse el concurso de las gentes,
Con el mágico encanto
De su austera elocuencia,
Que, infundiendo en las almas temor santo,
Las llama á practicar la penitencia ;
Y es que el Señor que ha hecho
Aparecer en tiempos sucesivos
Los santos del Antiguo Testamento,
No estando satisfecho,
Condensa en él sus varios atractivos,
Haciéndole un portento,
Nunca visto de todas las virtudes,
Que, reflejando aquellas santidades,
Prepara las pasmadas multitudes
Que deberán seguirle en Tiberiades.

Si la Voz del que clama en el desierto

No es la luz que esclarece
A los hombres que vienen á este mundo,
De ella les da su testimonio cierto,
Que del error las sombras desvanece,
En un lenguaje sin igual, profundo,
Que sorprende y seduce
Al pueblo que le escucha conmovido,
Pues á pensar le induce
Que es acaso el Mesías prometido ;
Mas el Bautista, fiel á sus deberes,
Sin sentirse halagado,
Viendo que por el Cristo se le tiene,
Dice, al oír los falsos pareceres,
Que mientras crece el celestial Enviado
A él disminuir tan sólo le conviene.

Y el Verbo se hizo carne, de María
En el seno por siempre inmaculado,
Por obra del Espíritu divino,
Y en medio de la célica armonía
Que oyeron los Pastores con agrado,
Para dicha del hombre, al mundo vino ;
Y si éste, que por El formado ha sido,
Ingrato á sus favores,
No le ha reconocido,
Ni le ha aceptado la nación proterva
Que alumbró con brillantes resplandores,
A los que han la fe pura conservado,

Resistiendo del mal el ascendiente,
Potestad les ha dado
De ser hijos de Dios gratuitamente ;
Y revestido de la carne humana
Conversa con los hombres miserables
Que al principio desprecian su doctrina,
Porque el prestigio de una creencia vana
Les oculta los dones inefables
De que es testigo toda Palestina.

Y si llamando á rudos pescadores
El Cristo les revela gradualmente
De su existencia el escondido arcano,
Si se junta á los grandes pecadores,
Si absuelve á Magdalena penitente,
Si come con Zaqueo, el publicano,
Es que atraerse quiere
El amor de los tiernos corazones
Que su influencia han sentido,
Y ante todo prefiere
Congregar de Israel las dispersiones,
Ovejas del redil que han perecido ;
Y cuando á los Apóstoles ordena
Que anuncien su palabra, sin tardanza,
A todas las criaturas,
En todo el orbe su palabra suena
Despertando en las almas la esperanza
Que presagia del ciclo las dulzuras ;

Y apagarla no puede
El infernal bullicio
Que alza Satán, con intención aviesa,
Y cuando rauda en el espacio rueda
El mundo hecho pavezca
Se oirá vibrante en el postrero Juicio.



SILVA TERCERA

— — —

INCORPORACIÓN DE LA HUMANIDAD CON EL
VERBO DIVINO

En la orilla del mar de Galilea
Aparécese un joven nazareno
Despertando secretas simpatías,
En la turba que ansiosa le rodea,
Cuando tranquilo, y de confianza lleno,
Anuncia la venida del Mesías,
Y gradualmente el entusiasmo crece
Del concurso anhelante,
Que escucha la palabra del profeta,
Viendo que la naturaleza le obedece

Dócil, en el instante,
Cual si estuviera á su poder sujeta ;
En tanto que El, mostrando indiferencia
A las demostraciones tan extrañas
De la admirada gente,
Huye de las ciudades, con frecuencia,
Y buscando el retiro en las montañas,
Pasa la noche en oración ferviente,
Rogando por el hombre que padece
Condenado á verter copioso llanto,
Porque su propia gloria no apetece,
Sino la gloria de su Padre santo.

Para eso ha sido enviado
Al mundo que su origen desconoce,
Para librar al mundo del pecado
Y devolverle al hombre degradado
De la vida divina el puro goce ;
Y hacer la voluntad del que le envía
Es de Jesús el único deseo,
La idea lisonjera
Que acaricia en su mente noche y día,
Para comunicarla al pueblo hebreo
Y atraerse así la humanidad entera ;
El, despreciando la intención perversa
Que esconde el fariseo,
Con suma hipocresía,
Con la gente más baja y ruín conversa,

Cual si fuese una honrosa compañía,
Ofreciéndole el reino de los cielos,
Que ya no está lejano,
En el que exento de pesar y duelos
El pobre gozará dulces consuelos,
Y al que el rico avariento aspira en vano ;
Y á su voz dando entonación austera
Advierte de este mundo á los felices,
Que en su reino tendrán la delantera
El publicano vil, las meretrices.

Como Hombre-Dios derrama, por do quiera,
El Cristo sus inmensos beneficios,
Pues cura de los cuerpos las dolencias,
Y librando á las almas de los vicios,
Los espíritus malos echa fuera,
Con su perdón sanando las conciencias :
Y hasta la muerte impera,
Con la voz que las lápidas derrumba
Al sonar en sus tristes soledades,
Y hace salir la vida de la tumba
Que despide radiantes claridades,
Para ofrecer del alma á la mirada,
Por el primer pecado oscurecida,
Siquiera un rayo de la Luz increada,
Que es el venero de la eterna vida.

Luz del mundo, que yace sumergido

De la muerte en las sombras pavorosas,
Y vida de las almas que El ha creado,
El Verbo, de la carne revestido,
Si atrae con su amor todas las cosas,
Se une al hombre infeliz y desgraciado,
No sólo para ser participante
De la suerte mezquina
A que fue por su culpa condenado,
Sino para prestarle, á cada instante,
De la gracia divina
El poderoso auxilio tan deseado
Por cien generaciones,
Y hacer que se levante
De la espantosa cima en que ha caído
Al seguir indiscreto sus pasiones,
De su Creador viviendo en el olvido :
No contento con darle la existencia
Desciende desde el cielo
Para hacerse á su hechura semejante,
Y de nuevo le presta su asistencia
Para que, renaciendo aquí en el suelo,
A impulso del Amor santificante,
Renuncie para siempre el atractivo
De la vida terrena
Y exclame, como Pablo : ya no vivo,
Sino que Cristo mi existencia llena.

En vano la razón quiere atrevida

Comprender las verdades superiores
Con sólo su criterio,
Porque en el caos del error sumida
No percibe los claros esplendores
Que despiden las luces del misterio,
Y llega á tal extremo en su ceguerra,
Que niega de los hechos la evidencia
Y el testimonio del común sentido,
Prefiriendo altanera
Conservar su fatal independencia
A conocer al celestial *Ungido*,
Que, viendo al hombre errante, peregrino,
Entre las sombras de su noche oscura,
Quiere asociarse á su infeliz destino
Y compartir su cáliz de amargura.

Pero la luz que en las tinieblas brilla,
Acrece sus divinas claridades
Cuando el Verbo humanado al mundo enseña,
Con expresión sencilla,
Del Evangelio santo las verdades
Que son de la virtud germen fecundo,
Y el espíritu humano, transformado
A favor de sus vívidos destellos,
Descubre perspectivas dilatadas,
Que ni siquiera había imaginado,
Contemplando, á lo lejos,
El brillo de las célicas moradas,

Y, despreciando al mundo que engañado
Levanta altares por do quier al vicio,
Delante de su Dios crucificado
Se consagra al dolor y al sacrificio.

Desde entonces el hombre la grandeza
De su inmortal destino en lo futuro,
Que había ya olvidado,
A comprender empieza,
Y, lleno del amor más santo y puro,
Es por el mismo amor transfigurado,
Viviendo de la vida sobrehumana
Que comunica Dios á su criatura,
Cuando, olvidada de la gloria vana,
Disfruta de la gracia soberana
La celestial y mística dulzura:
Y de enemigo que era,
En hijo se convierte y heredero
Del reino de los cielos y su gloria,
Pues la gracia primera
Que en el Edén perdiera
Le devuelve la sangre del Cordero,
Que se ofrece cual víctima expiatoria.

Y para hacer más íntima y segura
Esa unión admirable,
Que á los coros angélicos asombra,
El Hombre-Dios dispone, en su ternura,

Quedarse con el hombre miserable,
Oculto del misterio entre la sombra,
Para darle amoroso, dulce y tierno
Del alma el alimento cotidiano,
Del cielo descendido,
En el sublime Sacrificio eterno
Que al Padre soberano
De la *Cena* en la noche le ha ofrecido,
Pues cada vez que llégase el cristiano
Del festín eucarístico á la Mesa,
Y su cuerpo y su sangre allí recibe,
Conoce, con sorpresa,
Que en el instante que su vida cesa
De la vida divina sólo vive;
Y en tan feliz momento
En que disfruta célica alegría,
Y de inefables goces,
Se realiza el portento
Que Luzbel presentía,
Diciendo á nuestros padres con falsía :
Y seréis como dioses :
Porque así como el Verbo Omnipotente
Cubrirse quiso de la humana veste,
Uniéndose con Él el hombre siente
Que su sér terrenal se hace celeste.

Y esa transformación inexplicable
Que obra en el hombre la divina gracia,

Cuando la Hostia adorable
Los horizontes de su vida espacia,
De otra vida mejor es el principio,
A sus merecimientos reservada,
Pues la gracia, en que tiene participio,
Es la gloria incoada,
Porque no es en el valle de dolores
Do su inmortal destino se consuma,
Sino en el cielo, lleno de fulgores,
Mansión de paz y de delicia suma :
Allí do cesa el lloro,
Y no hay más sufrimiento,
Ni tristezas, ni angustias, ni pesares
Donde se escucha solamente el coro
Y el melífluo concento
De inauditos, angélicos cantares.



SILVA CUARTA

EL APOCALYPSIS

Bañada por las olas argentadas
Del Mar Mediterraneo tan famoso,
En que el canto se oyó de la sirena,
Grecia se alza, entre flores perfumadas,
Bajo un límpido cielo, esplendoroso,
De gracias mil y de atractivos llena,
Como una virgen púdica, inocente,
Que, en sus castos delirios,
Los tiernos goces del amor presente,
Sin fijarse siquiera en sus martirios ;
Y, ansiosa de progreso,
Recibe con placer en su alma ardiente,

De las brisas marinas con el beso,
El ideal religioso del Oriente,
Que trasforma al instante,
Despreciando la estúpida creencia
Que á Dios y al universo confundía.
Y, en su afán incesante
De ensanchar los dominios de la ciencia,
Hace una religión de la poesía,
Así como después, viendo la nada
De los dioses que adora el paganismo.
Recibe la verdad, entusiasmada,
Abrazando la fe del Cristianismo.
Grecia, la maga que dichosa un día
Levanta á grande altura
Del arte y de la ciencia los ideales,
Lega á Roma, y más tarde á Alejandría.
Sus inmensos tesoros de cultura,
Que debían hacerlas inmortales ;
Y cuando Pablo anuncia ante sus sabios
Al Dios desconocido,
Cuyo Verbo uno de ellos presentía,
La palabra que brota de sus labios
Cunde, y vence la ciega idolatría,
Que el Discípulo amado,
El que en el seno de Jesús se inspira,
Acaba de extirpar con su alma idea,
Rigiendo siete Iglesias, que ha enseñado.
De Epheso, Smyrna, Pérgamo y Thyatira.

Sardis y Philadephia y Laodicea,
A las cuales dirige, con fe pura,
Su profético acento,
Que el porvenir augura
Y en los siglos tendrá su cumplimiento.

En Patmos, á do fuera desterrado
Por imperial sentencia,
En edad avanzada,
Por el divino Espíritu inspirado,
De los cielos abiertos en presencia,
En que atónita vaga su mirada,
Como de su Evangelio en el prefacio
La eternidad del Verbo hace notoria
Y la ternura de su amor profundo,
En la extensión del tiempo y del espacio
Ve; y nos refiere la futura historia
De la Iglesia que lucha en este mundo,
Con las hordas de monstruos arrojados,
En su camino, por el negro averno,
Los que, vencidos, huyen espantados
Buscando el antro del dolor eterno.

El Apóstol amante, que ha posado,
En noche inolvidable,
En el pecho del Maestro su cabeza,
Siendo un día al Empíreo arrebatado,
Con júbilo inefable

Contempla su magnífica grandeza,
Y ve, con los ministros celestiales
Que junto al Trono están, unos ancianos
De albo ropaje, con coronas de oro,
Y unos cuatro animales
Que bendicen ufanos,
Formando con aquéllos dulce coro :
Y ve que el que se sienta
En el Trono, entre fúlgidos destellos,
Tiene en la mano un libro misterioso,
Del cual ninguno intenta,
En aquel acto, levantar los sellos,
A pesar de que un ángel poderoso
Llama con voz sonora
Al que se crea de mirarlo digno,
En la extensión del universo entero,
Y, cuando lleno de tristeza llora,
Mira que, del poder llevando el signo,
El misterioso libro abre el Cordero,
Mientras postrados todos, reverentes,
Alzan, con voces suaves y serenas,
Al compás de sus arpas, nuevos cantos,
Que repiten los ángeles fervientes,
Y en áureas copas, de perfumes llenas,
Ofrecen las plegarias de los santos.

Los siete sellos al romperse ofrecen
Del virgen Juan á la mirada inquieta

Las místicas visiones,
Que, si un delirio á la impiedad parecen,
Son realidades que entreve el Profeta.
Que el fin del mundo anuncia á las naciones,
Lo mismo que el cercano advenimiento,
La segunda venida
Del Hombre-Dios, con majestad y gloria,
Cuando, al llenar de luz el firmamento
Y la tierra á cenizas reducida,
Dé al justo el lauro de eternal victoria ;
Y cabalgando en rápidos corceles
De diversos colores,
Al Cristo ve y á sus contrarios crueles,
Que son de la verdad perseguidores,
Los que dan muerte á los primeros fieles
Que arrostran del martirio los horrores ;
Y escucha estremecido
De angélicas trompetas el sonido,
Seguro indicio de implacable guerra,
En tanto que, entre truenos pavorosos,
Se realizan castigos espantosos
La faz cambiando de la ingrata tierra.

Y en el ciclo aparece un gran portento,
Una mujer de espléndida belleza,
Revestida del sol, á cuya planta
La luna sirve de escabel y asiento.
Coronada de estrellas la cabeza,

Ante la cual sañudo se levanta
El dragón infernal, lleno de envidia,
Queriendo devorar al tierno Infante
Que acaba de nacer entre dolores,
En tanto que Miguel triunfando lidia,
Al frente yendo de escuadrón brillante,
Contra aquél y sus ángeles traidores.
Mas el dragón insiste,
A pesar que los ángeles leales
De la ira del Señor vierten las copas
Sobre la tierra triste,
Donde la bestia imprime sus señales
A los que forman sus rebeldes tropas,
Lo mismo que hace en la Sión luciente
El Cordero bendito,
Que los vírgenes siguen por doquiera,
Los que en la limpia frente
Llevan el nombre sacrosanto escrito,
Seguros de su dicha duradera.

Y así como de vidrio un mar revuelto
Con fuego absorto mira
El Apóstol, y en él los que han vencido
Al dragón infernal, que estando suelto
Contra el cielo conspira,
Y escucha de sus arpas el sonido
Que de Moisés repiten las plegarias
Y del Cordero el cántico divino,

Diciendo con acento melodioso:
“Maravillosas son tus obras varias
Y justo y verdadero tu camino,
Señor Dios infinito y poderoso,
Rey de los siglos ¿quién no, temeroso,
Engrandece tu nombre venerado?
Pues sólo eres piadoso;
Y á adorar ante Tí vendrán las gentes,
De razas diferentes.
Porque tus juicios se ha manifestado;”
Y ve también que, abriéndose en el cielo
El templo en que se admira
Del testimonio fiel el tabernáculo,
Siete Ángeles derraman sobre el suelo,
En copas de oro, de su Dios la ira,
Ofreciendo un terrífico espectáculo.

Uno de ellos, entonces, al Vidente
Le promete poner á descubierto
El fin terrible de la gran ramera
Con la cual han pecado torpemente
Los reyes de la tierra, y al desierto
Le arrebatada en espíritu, do viera
Una mujer sentada
Sobre una bestia fiera,
De oro, escarlata y púrpura adornada,
Que llena de malicia
Muestra insolente, levantando el brazo,

El desbordado vaso
De la abominación y la inmundicia,
Y que en su frente oscura
Escrito lleva el nombre de Misterio:
Babilonia la grande, madre impura
De la abominación y el cautiverio
De la carne que ultraja á la natura;
Y ve á otro Angel del cielo descendiendo.
Que con su luz radiosa
Esclarece la tierra conmovida,
Con fuerte voz diciendo:
“Babilonia cayó, la poderosa,
Quedando convertida
De demonios en tétrica morada
Y en funesta guarida
De toda ave nocturna descarriada,
Porque todas las gentes han gustado
Del vino de la ira, en sus caricias,
Y con ella los reyes han pecado
Y á los ricos hartó con sus delicias.”

Y en tanto se realizan, sin demora,
Los terribles castigos
De la ciudad maldita,
Y llenos de ansiedad desgarradora
De su ruina completa son testigos
Los que su gloria creían infinita,
De Jesús el discípulo querido

De multitud de gentes oye voces,
Un himno preludiando de alabanza,
El que á cada momento es repetido
Por los que, en medio de perpetuos goces,
Disfrutan de inefable venturanza,
Viendo que ya las bodas
Se acercan del Cordero inmaculado,
En que las almas todas
De los santos, que el mundo ha despreciado,
Le verán claramente
Con un traje de lino reluciente,
Que sus propias virtudes le han formado;
Y en un caballo de sin par blancura,
Dispuesto á la pelea,
Ve al mismo tiempo un hombre
Cubierto de una roja vestidura,
Cuya mirada ardiente centellea
Y que Verbo de Dios tiene por nombre,
Quien, seguido de hueste numerosa
De finísimo lino revestida,
Armado de una espada misteriosa,
De su boca salida,
Combate con la bestia, que fue presa,
Con su profeta falso,
Y los suyos, muriendo en el cadalso,
De las aves del cielo fueron presa.

Y ve un Angel que tiene del abismo

La llave en una mano,
Que al dragón prende, á la serpiente antigua,
Al fiero Satanás, al diablo mismo,
Que, queriendo con él luchar en vano,
Dispone apenas de potencia exigua,
Y fuerte le encadena,
Para evitar al hombre sus engaños,
Y á estar en el abismo le condena
En tanto que se cumplen los mil años.
Y ve las sillas que serán asientos
Del número incontable de elegidos
Que con su sangre dieron testimonio,
La vida por Jesús dando contentos,
No adorando á la bestia, envilecidos.
Y la insidia burlaron del demonio.
Y, cuando los mil años se han cumplido,
Este deja su cárcel, y hace alianza
Con *Gog* y con *Magog*, que los reales
De los santos cercar han decidido
Y la amada ciudad, sin la esperanza
De gozar de sus dichas eternas,
Hasta que Dios, oyendo bondadoso,
Desde su excelso Trono,
De los santos el ruego,
Descender hace el rayo sulfuroso
Que extingue de la bestia el ruin encono,
En un estanque echándola de fuego.

Y un nuevo cielo y una tierra nueva
Contempla Juan, con la mirada ansiosa,
Y ve á Jerusalem, la ciudad santa,
Que, descendiendo de los cielos, lleva
Los aderezos de una casta esposa
Que de su esposo el corazón encanta,
Y oye una voz que dice :
“Mirad el tabernáculo sagrado
De Dios, que con los hombres, al fin, mora :
Ellos serán su pueblo muy felice,
Y estando en medio de ellos, con agrado,
Será para ellos Dios, á toda hora ;
Y enjugando en sus ojos
Las lágrimas que un día, con encanto,
Por su amor derramaron,
Cesarán para siempre sus enojos
Y más dolor no habrá, ni triste llanto,
Pues las cosas primeras ya pasaron ;”
Y, causando á su oído dulce halago,
El que estaba en el Trono luego agrega,
Con dulzura en la tierra nunca oída :
“Hé aquí que todo nuevamente lo hago ;
Soy el alfa y la omega,
Y fuente soy del agua de la vida.”

Y un Angel, de los siete que vertían
Sus copas rebosantes de amargura,
Le lleva de un gran monte á la eminencia,

De donde ve los cielos que se abrían
Haciendo descender la ciudad pura,
Jerusalem, de Dios en la presencia,
Que tenía sus suaves claridades
Y en ella la lumbre era
A una piedra de jaspe semejante,
Preciosa por sus bellas cualidades,
Que brillaba á manera
De un diáfano cristal, como el diamante;
Y el elevado muro,
Los anchos y profundos fundamentos,
Lo mismo que las puertas espaciosas
De la ciudad, construídas de oro puro,
Por material tenían y ornamentos
Toda piedra preciosa,
El jaspe, la esmeralda y el jacinto,
El safiro, el crisólito, el topacio
Y otras más que, brillando en su recinto,
Irradiaban su luz en el espacio;
Y en esa ciudad bella
En que todo es espléndido y suntuoso
No hay templo, porque en ella
El Señor es el templo esplendoroso,
Como no hay sol ni luna
Que alumbren su recinto placentero,
Pues le presta su luz, nunca importuna,
Su lámpara inmortal, que es el Cordero.

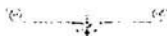
El mismo Angel, por fin, á Juan le muestra
Un río caudaloso,
Que brota al pie del Trono soberano,
Y en su margen, á diestra y á siniestra,
El árbol de la vida que, fructuoso,
Salud brindádole al linaje humano
Que del Cristo ha observado la doctrina,
Hace que eterno sea
El goce con que el alma se recrea
Al contemplar de Dios la faz divina;
Y el Apóstol sumiso,
Viendo que su misión ha terminado,
Del Angel á los pies postrarse quiso,
Pues le mira de gloria circundado;
Mas él le dice, con semblante amigo,
Y voz conmovedora:
“ No lo hagas, porque siervo soy contigo
Y los Profetas : al Señor adora.”

Y Jesús, que sus Angeles ha enviado
Para dar testimonio de estas cosas,
Oye á la Esposa que le dice : Ven.
Y cuando El mismo testimonio ha dado,
Uniéndose á las almas candorosas
La gloria eterna nos ofrece. Amén.

FIN DE LA CUARTA Y ÚLTIMA PARTE



ÍNDICE.



	Páginas.
Licencia de Publicación.....	III
Dedicatoria.....	V
INTRODUCCIÓN.....	VII

LOS EVANGELISTAS.

— PROEMIO —

<i>La Revelación y el Evangelio</i>	3
---	---

PARTE PRIMERA.

SAN MATEO, SIMBOLIZADO POR EL HOMBRE.

<i>Romance primero.</i> — El hombre y la Encarnación.....	31
<i>Id. segundo.</i> — Vida íntima de Jesús.....	41
<i>Id. tercero.</i> — Vida pública de Jesús.....	51
<i>Id. cuarto.</i> Pasión y muerte de Jesús.....	63

PARTE SEGUNDA.

SAN MARCOS, SIMBOLIZADO POR EL LEÓN.

<i>Romance primero.</i> Anuncio del reino de Dios por el Bautista.....	75
---	----

	Páginas
<i>Romance segundo.</i> —El poder público de Jesús	83
<i>Id. tercero.</i> —Establecimiento del reino de Dios ..	91
<i>Id. cuarto.</i> —El reino de las almas	99

PARTE TERCERA.

SAN LUCAS, SIMBOLIZADO POR EL BECERRO.

<i>Romance primero.</i> —Espíritu de San Lucas	109
<i>Id. segundo.</i> —El sacrificio.....	117
<i>Id. tercero.</i> —Jesús, Sacerdote eterno	125
<i>Id. cuarto.</i> —El Sacerdote	133

PARTE CUARTA.

SAN JUAN, SIMBOLIZADO POR EL ÁGUILA.

<i>Silva primera.</i> —Prefacio de San Juan.....	143
<i>Id. segunda.</i> —Incorporación del Verbo Divino con la Humanidad.....	151
<i>Id. tercera.</i> —Incorporación de la Humanidad con el Verbo Divino	159
<i>Id. cuarta.</i> —El Apocalypsis.....	167



FE DE ERRATAS

PÁGINA	DICE	LÉASE	LÍNEA
IV	talvez	tal vez	8
IV	ello	ella	13
11	istante	instante	12
26	si no	sino	19
47	pundorosa	puderosa	24
58	poseera	poseerá	7
124	Dios que allí	Dios allí	1
147	entreve	entrevé	26
162	cima	sima	14
163	ceguerra	ceguera	6
167	anciosa	ansiosa	14

Fé de erratas.

PÁGS.	LÍNEA	DICE	LÉASE
8	8	sacra familia	Sacra familia
11	25	..la dulce melodía	..las dulces melodías
28	7	Le disputen	Se disputen
39	26	...delicias	...delicia
52	4	Y que acerca	Y que se acerca
59	2	..bendecido	bendecida
68	23	Y que ya no	Y ya no
99	2	Mas si el dolor zañudo	Mas el dolor sañudo
104	12	Que elevan del suelo	Que se elevan del suelo
113	4	..llora su pena	..lloró su pena